

# Botón Tolón



Por Constancio C. Vigil

BOTÓN TOLON

*Es propiedad del autor.*

*Se reserva el derecho de  
traducción.*

*Hecho el depósito que  
marcan las leyes.*

29.238

24/1.25

# BOTÓN TOLÓN

POR

CONSTANCIO C. VIGIL

—

CUBIERTA de SPISSO

ILUSTRACIONES de ARTECHE



1ª Edición

R. B. P. TALLERES GRAFICOS R. B. P.

Azopardo y Venezuela - Buenos Aires

1927

2497-249

BIBLIOTECA NACIONAL

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

EL ERIAL (4a edición)  
LOS QUE PASAN  
LAS VERDADES OCULTAS  
CUENTOS

LIBROS PARA LOS NIÑOS:  
MARTA Y JORGE (2a edición)  
MANGOCHO  
CUENTOS PARA NIÑOS  
CARTAS A GENTE MENUDA

## Botón Tolón llega a Buenos Aires

NO han visto ustedes un botón negro, brillante, del tamaño de una moneda de diez centavos, con una picadura en el borde y que tiene en el revés como nueve señales de pinchaduras de aguja?

Si lo han visto, ya me conocen. Yo soy Botón Tolón.

Vine a la Argentina, en calidad de inmigrante, a bordo de un gran vapor y en compañía de mis once hermanitos.

El viaje fué muy tranquilo.

Para mandarnos nos pusieron en un lindo camarote de cartón con tapa. A fin de que no nos mareásemos con el movimiento del vapor nos aseguraron con unas cuerdas a cada cual en un sitio.

Vinimos en primera; pero sin derecho a comer ni a pasear.

Teníamos que permanecer quietitos y a oscuras, así que poco puedo contar de la travesía desde Europa. Dicen que es muy linda, que es muy larga, que se ve navegar por el océano otros barcos y que tocamos en diversos puertos. Para decir verdad, yo no vi ni toqué nada. Me pareció el viaje como un sueño. Agradable, tranquilo. Sólo



Yo soy Botón Tolón.

sentí unos ruidos no sé de qué... Probablemente, algunos otros botones se alborotarían para pasear sobre cubierta.

Me dí cuenta de que estábamos en Buenos Aires porque me sacudieron para que me despertara.

Nos subieron a un carro y nos condujeron a otra parte.

También allí nos quedamos quietitos los doce hermanos. No era el caso de empezar a meter bochinche en casa ajena y que de entrada no más nos "casgaran".



*Nos subieron a un carro y nos condujeron a otra parte.*

¿Cuál sería mi porvenir? ¿Qué destino me estaría reservado en el nuevo mundo?

Es claro que uno viene a trabajar; pero también para asegurarse un relativo bienestar.

En Europa hay muchos botones y nacen a millares cada día. Naturalmente, que allá no puede haber ocupación para todos, y como algo tenemos que hacer para ganarnos la vida, nos es indispensable emigrar hacia estas tierras.

Tuve la felicidad de que después de estar en espera de algún trabajo llegara alguien preguntando por nosotros.

Entonces sacaron la tapa de nuestro camarote y abrimos los ojos a la luz del día después de permanecer bastante tiempo en tinieblas.

Volvieron a sacudirnos, aunque estábamos bien despiertos, nos colo-



*Entonces sacaron la tapa de nuestro camarote y abrimos los ojos a la luz del día...*

caron en otro carro y fuimos a una casa que resultó ser la "Sastrería del Corte Elegante".

El sastre no era mal hombre, según parece, y creyendo hacernos un

gran favor nos dejó en el camarote, hasta que al fin nos sacaron y en un santiamén me vi cosido a un chaleco.

De mis queridos hermanitos no supe nunca más una palabra.

Ya ven ustedes lo que es el destino de cada ser. Habíamos venido los doce juntos y me sacan a mí solo del camarote.

El chaleco tenía seis botones, y parecería lo más natural que nos hubieran cosido a seis hermanos. Pues no, señor: los cinco primeros eran unos botones completamente desconocidos. Al elegirme para que los acompañara, me alejaban de mi familia, acaso para siempre, y quedaba decidido mi porvenir lleno de misteriosas perspectivas.

Por cierto que aquellos cinco botones que ocupaban el puesto que en justicia correspondía a mis hermanitos me fueron, desde el primer momento, muy antipáticos. Esta antipatía creció cada vez más al verme solo y sin ningún pariente.

Nunca cambié con ellos una palabra y ni quiera una mirada; pues, aunque la culpa no fuera de ellos, mis sentimientos me imponían tal actitud.

Por tan ingratos motivos, no los menciono tampoco en esta historia, ni me preocupé jamás en lo más mínimo de ellos.

La compañía de mis hermanitos, en cambio, hubiera sido para mí tan agradable como útil, sobre todo, encontrándonos en un país desconocido y en vísperas de iniciarme en tareas desconocidas para mí.

El caso es que me vi solo y cosido a un chaleco y que en el tal chaleco fui transportado a casa de un señor Firulete, que ni siquiera de nombre conocía.

Por suerte, allí me recibieron muy cortésmente y me contemplaron con bastante satisfacción.

Según oí decir, se me esperaba desde hacía días.



*Por suerte, allí me recibieron muy cortésmente.*



HLU L

## Una curiosa aventura del señor Firulete

DESDE el siguiente día a la mañana fuimos los seis botones a la oficina donde trabajaba el señor Firulete.

Es una gran empresa de construcciones.

A nosotros nos correspondía una oficina con grandes mesas donde se dibujaban planos de edificios.



El señor Firulete dibujaba algo...

El señor Firulete dibujaba algo; pero su principal tarea consistía en poner en los planos los títulos, el nombre del propietario de la casa y las explicaciones necesarias.

Había que ver las vuelitas y los adornos con que se complacía en ornamentar las mayúsculas. Era por esto que lo llamaban Firulete. Y, por cierto, que eran verdaderas obras de arte, que llamaban la atención hasta de los mismos compañeros de oficina, que a cada rato venían a contemplar nuestros hermosos garabatos.

Francamente, la tarea era bastante seria.

Yo ocupaba el tercer sitio en el chaleco, y en cuanto el señor Firulete arremetía con aquellas vueltitas, sudaba como un loco, porque era el encargado de sostener todo su cuerpo apoyado contra la tabla de la mesa.

No podía quejarme, no obstante, de mi destino.

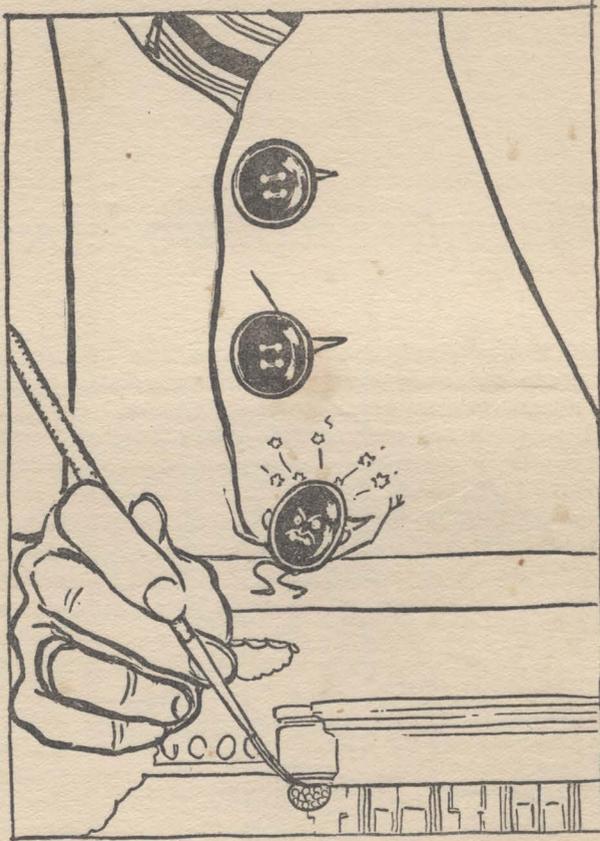
El señor Firulete era un hombre amable, que nos desprendía con mucha suavidad; que pasaba el cepillo sin maltratarnos; que más de una vez nos acariciaba con la yema del dedo mayor y que, finalmente, al llegar la hora del descanso nos colocaba casi con la ternura de un padre en el respaldo de una silla para que pasáramos una buena noche.

Lo malo es que el señor Firulete tenía fama merecida de impresionable.

Ya la conocían bien los compañeros de oficina.

Cuando deseaban hacerle creer que hacía mucho calor, sacaban el pañuelo y se lo pasaban por la frente, como en el rigor de un día de canícula.

El señor Firulete los miraba, concluía por sacar también el pañuelo, y, completamente convencido de que la temperatura era insoportable, sudaba la gota gorda.



... sudaba como un loco, porque era el encargado de sostener todo su cuerpo apoyado contra la tabla de la mesa.

Cuando querían hacerle creer que hacía mucho frío, se restregaban las manos y, cerrándolas, se las soplaban con los carrillos inflados.

Un día le hicieron creer que el piso temblaba. El señor Firulete dejó de trabajar, muy asustado.

Otro día lo convencieron de que el jefe de la sección estaba loco y se proponía matar a alguno de los empleados. El señor Firulete le disparaba, lleno de terror, convencido de que su vida corría peligro inminente.

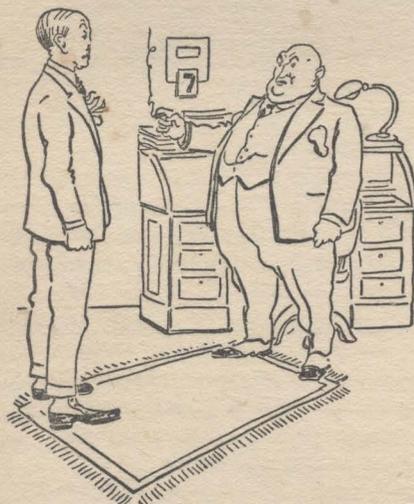
Tales eran los más comunes entretenimientos que amenizaban las horas de trabajo.

El más travieso de los compañeros de oficina era un tal Picarín. Este era el iniciador y principal organizador de casi todas las bromas.

Un día Picarín se presentó en la



...hablaba con ellos en voz baja...



Apenas había comenzado a hablar...

oficina más temprano que nunca.

A medida que llegaban los compañeros, hablaba con ellos en voz baja, y todos sonreían.

El señor Firulete fué, como siempre, el último en entrar, y se dirigió al jefe para disculparse por la demora. Siempre le sucedían percances para no estar a la hora reglamentaria en su puesto de trabajo.

Apenas había comenzado a hablar, cuando el jefe, mirándole sorprendido la cabeza, le preguntó con aire de sorpresa:

— ¿Qué le pasa, señor Firulete?

Este, muy sorprendido, contestó:

— Nada... ¿Por qué me lo pregunta, señor jefe?

— Es que... En fin... Será una

ilusión mía... A ver si me termina para hoy el plano del Banco.

Salió de allí, un tanto preocupado por la pregunta del jefe, y se encontró con el señor González, quien, mirándolo, le dijo:

— ¿Se ha pegado usted algún golpe?

— No, que yo sepa al menos. ¿Por qué me lo pregunta?

— Decía, no más... Le noto algo raro en la cabeza.

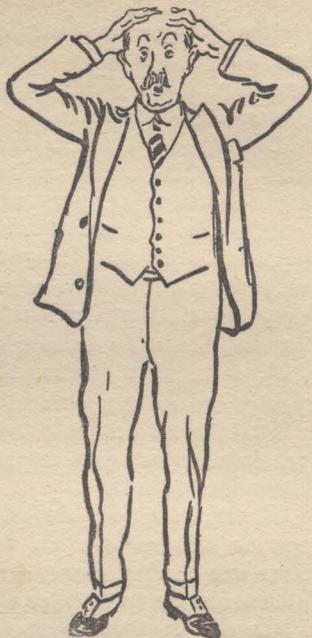
El señor Firulete levantó ambas manos, se palpó el cuero cabelludo, y siguió su camino; pero al pasar ante la mesa de otro compañero, éste exclamó:

— ¡Señor Firulete!... ¿Qué tiene usted en la cabeza?

— Nada — dijo ya muy asustado. — ¿Usted me nota algo?...

— Este, francamente... Me extraña que usted haya venido a trabajar.

Al darle los buenos días a otro compañero, éste le dijo:



...levantó ambas manos, se palpó...

— Pero, amigo... ¡Cómo se le ha agrandado la cabeza!

El señor Firulete casi se desploma, en el colmo del terror.

Ya no cabía duda. Algo sumamente raro le ocurría. Sentía, al mismo tiempo, frío y calor; le zumbaban los oídos, y la vista se le nublaba de cuando en cuando.

Apenas había andado unos cuantos pasos, se le acercaron en grupo otros compañeros, los cuales se dedicaron a observar su cabeza con la mayor atención.

El señor Firulete, para no caer, se apoyó en una mesa, y exclamó:

— ¡Me notan ustedes algo?... ¡Háblenme con franqueza, por favor!



...para no caer, se apoyó en una mesa...

Todos le manifestaron que, efectivamente, la cabeza se le había agrandado de una manera extraordinaria, que la tenía hinchada, muy hinchada y que era inexplicable que él no lo hubiera notado.

El señor Firulete no podía aguantar más, y presentándose al jefe, le dijo:

— Estoy enfermo. No podría trabajar. Si me permite, voy a retirarme.

— Sí — le contestó el jefe, con seriedad. — Yo creo que usted debe meterse en cama y hacerse ver por un médico.

Dirigióse, con pasos vacilantes y la cara colorada como un tomate, hacia la percha, y retiró su sombrero. Pero no podía ponérselo. El sombrero apenas le cubría la mitad de la cabeza. Con él en la mano, atravesó el salón casi a la carrera, y se dirigió a su casa.

Entró directamente a su dormitorio; tomó una toalla, la empapó en agua fría, se envolvió la cabeza, se desnudó, se acostó, y comenzó a dar gritos desesperados, llamando a su mamá, con quien vivía. Cuando la pobre señora vino se quedó horrorizada. Su hijo temblaba y tartamudeaba, suplicándole que mandara llamar inmediatamente a un médico.



*Dirigióse, con pasos vacilantes y la cara colorada como un tomate, hacia la percha, y retiró su sombrero.*

—Pero, ¿qué es lo que tienes, hijo mío?...

—¡Ah! Por favor, llama al médico. Se me ha hinchado horriblemente la cabeza.

—¿Cómo?... ¿Qué dices?

—Que tengo la cabeza doble y cada vez se me hincha más.

—¡Si cuando tomaste el desayuno estabas perfectamente!

—Ya ves. Y ahora estoy tan grave que apenas puedo hablar.



...y, levantando el filete de cuero, comenzó a retirar tiras y más tiras de papel que cuidadosamente habían colocado allí.

tenía la cabeza como siempre. —¿Dónde dejaste el sombrero?—le preguntó.

—Allá, sobre aquella silla — repuso él, más muerto que vivo. — Es inútil que pretendas ponérmelo. Todo es como yo te digo.

La señora tomó el sombrero, lo dió vuelta y, levantando el filete de cuero, comenzó a retirar tiras y más tiras de papel que cuidadosamente habían colocado allí.

—Quítate eso. Déjame mirar un poco.

—No, madre. Perderemos inútilmente un tiempo que puede ser precioso. Con decirte... que he tenido que venir con el sombrero en la mano porque no me entraba en la cabeza...

—¡Es raro!  
— exclamaba la señora. —  
¡Es demasiado raro! — Y al decir esto le quitaba la toalla, lo palpaba y comprobaba que

El señor Firulete, sentado en la cama, contemplaba aquello, estupefacto.

—¿No ves, infeliz — dijo la señora, riendo, — que todo ha sido una broma?

—¿Una broma?

—¡Claro!

—¡No puede ser!

—Contigo todo puede ser, hijo. Ponte, otra vez, el sombrero...

—¡Es inútil, madre! Estamos perdiendo tiempo, en vez de llamar al médico.

—¡Qué médico, tonto, si no lo necesitas para nada!... Pruébate ahora el sombrero. ¿A que te queda tan perfectamente como siempre?

El señor Firulete se decidió a hacer la prueba. En cuanto acercó el sombrero a la cabeza se le entró hasta las orejas, y quedó tan avergonzado que no hubo forma de hacerle pronunciar una palabra. Después de un rato de suspirar y murmurar en voz muy baja, se levantó, se vistió, y dijo:

—Esta me la pagarán... Por lo pronto, no iré hoy a la oficina; y en cuanto me digan algo, ¡zas!, me quejo al director general. Estas no son bromas. ¡Estas son barbaridades que pueden llevarlo a uno a la tumba!

Un momento después el señor Firulete salía nuevamente a la calle, en tren de paseo. Comprobó de inmediato que yo estaba como mareado y fuera de mi sitio por su exclusiva culpa, pues cuando venía con el tre-



*El señor Firulete no lo notó, y así fué cómo me separé de él...*

mendo julepe de la oficina, antes de entrar en la casa, nos desprendió a todos de un tirón, y yo quedé colgado de los hilos, haciendo piruetas en el aire.

Quiso prenderme de nuevo; creyó que estaba seguro en mi sitio; pero apenas había recorrido algunas cuadras me caí al suelo. El señor Fírulete no lo notó, y así fué cómo me separé de él para siempre.



## Botón Tolón en la calle

NO crean que pasé allí mucho tiempo. Pronto me descubrió un muchachito; en cuanto me descubrió, me tuvo en la mano; en cuanto me tuvo en la mano, comenzó a hacerme saltar como si yo fuera una pelota de goma y a gritar:

—¡Botón Tolón! ¡Botón Tolón!  
¡Botón Tolón!

Era mi nombre, sin duda... ¿Conque me llamaba Botón Tolón?... Yo mismo no lo sabía.

Siguió otra cuadra más haciéndome saltar hasta sentirme fatigado, y de repente... ¡pum!... me tiró como una piedra contra un árbol...

Quedé allí, en el cuadrado de tierra, junto al tronco. Allí pasé como un atorrante el día, la noche, el otro día... ¡Qué sé yo!

A mí no me gusta vivir en la calle. Eso será muy bueno para los adoquines y los árboles; pero los botones necesitamos nuestra casa y ciertas comodidades.

A fuerza de no hacer nada, de sufrir pisotones y de oír lo que no se nos importa, se hace uno haragán y sinvergüenza.



...me descubrió un muchachito...

Dos cocineras que venían del mercado con la canasta al brazo se detuvieron al lado mío a conversar.

—¿Sabes? — dijo una. — Yo he comprado este pollo en tres pesos y medio; pero a la señora le digo que me ha costado cuatro y medio — y al decir esto... ¡zas!... me planta el pie encima, me hace tragar tierra y casi me revienta. ¡Era de rabia porque había oído su cuento!  
 ¿Qué me importaba que el pollo le costara tres o cuatro pesos?



Vino otro agente, y el del pito le dijo:

—¡Ajá! — pensé; — ¡conque entre botones estamos!... ¡También éste, tan grandote y tan vistoso, es un botón!... ¡Qué cosas raras se ven en este mundo!

—Che, botón — le dijo, — te llamo para que cuando pase el sargento le comuniques que voy a la comisaría por orden del "Sub".

Y se separaron, y no me llevaron preso. Pero el susto fué de primer orden.

También oí la conversación de dos caballos. Eran caballos de una chata. El carrero bajó para entrar en el despacho de bebidas que estaba frente al árbol.

Un vigilante se detuvo después al lado mío y comenzó a dar toques de silbato.

—Adiosito — pensé. — Me llevan preso; pero... ¿cuál es mi delito?... ¡Es por mi gusto que estoy haciendo vida de atorrante?...

El agente no se movía y me miraba de reojo.

—¿Será — seguía yo pensando — que se ha descubierto el robo de la cocinera y como estuvimos juntos me consideran cómplice?... Bien dicen — agregaba para mis adentros: — "dime con quién andas y te diré quién eres..."

Vino otro agente, y el del pito le dijo:

—Che, botón...

Los caballos miraron simultáneamente al carrero que se alejaba, poniendo el hocico en la misma dirección, pues con las anteojeras les era algo difícil verlo.

Y uno de ellos, el tordillo panzón de la derecha, dijo:

—¡Je!... Milagro que pasara por aquí sin tomar la copita.

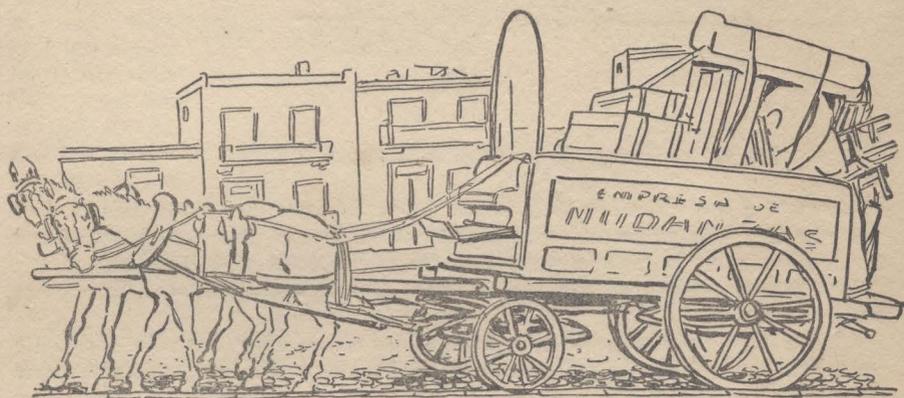
—Es un borrachín; ya lo sabemos — contestó el de la izquierda, que era más alto, casi del mismo color, y con las patas muy peludas.

—Mejor sería que nos diera agua — dijo el tordillo.

—Ahora verás lo que nos da... ¡Chicote!

—¡Y por qué nos castiga? — preguntó el de las patas muy peludas.

—Nos castiga — explicó el tordillo — porque la copita lo marea.



*Milagro que pasara por aquí sin tomar la copita.*

—No — replicó el otro. — Nos castiga porque se enfurece con la porquería que se mete en el estómago.

—Eso es... ¡Y se desquita con nosotros!...

—Don Juan nunca castiga a sus caballos...

—Es que don Juan, cuando siente sed, toma agua. No es un borrachín.

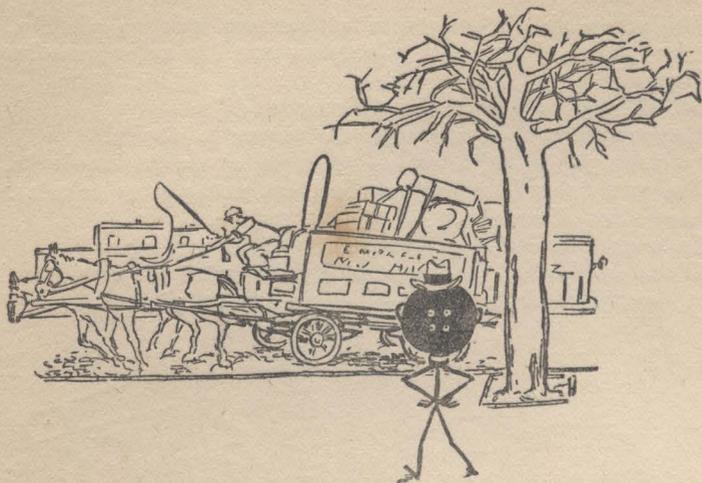
—Yo creo que ni látigo tiene.

—Sí, tiene; pero no lo usa casi nunca.

—¡Qué desgracia caer en manos de un carrero que entra en las tabernas!

—¡Cállate! — dijo el tordillo, poniéndose a mirar disimuladamente los adoquines. — Ya viene...

—¡Viene, sí, viene con la porquería quemándole las entrañas!... Porque



*Me hubiera gustado ser un botón de la policía...*

solamente a sus caballos sino hasta a los botones que nada tienen que ver con él y que están tranquilamente en la acera! ¡Me hubiera gustado ser un botón de la policía para llevarlo preso a ese mal hombre!...

Los pobres caballos, tan maltratados y tan trabajadores, me dieron mucha lástima.

Quedé con más deseos que nunca de abandonar aquella vida, de verme limpio, libre de latigazos de borrachos y de los pisotones de la gente mal educada.



cinchemos mucho, o porque cinchemos poco, nos castigará lo mismo.

Subió el carrero al pescante, hizo chasquear el látigo y les pegó a los dos con tanta furia que la punta del cordel me rozó un ojo... ¡Sólo un borracho castiga porque sí no

## Vida y obras de Pedrín

COMO no tenía almanaque, no puedo decir con exactitud el tiempo que tragué tierra cerca del árbol, el cual, por cierto, era un excelente compañero, muy tranquilo, muy bueno, pero que está visto no necesitaba de mis servicios.



*Se detuvo en seguida, me agarró...*

Un hombre que iba a cruzar la calle, y que después supe que se llamaba Pedrín, tuvo la suerte de verme. Se detuvo en seguida, me agarró, me refregó con su saco y, sin decirme una palabra, me metió en el bolsillo.

En el bolsillo había una caja de fósforos, un piolín, un pedacito de pan y una moneda de diez centavos.

Como soy enemigo de trabar relación con gente que no conozco, me corrí para el rincón más oscuro y allí me quedé quietito y callado.

Ignoro cuánto tiempo duró el viaje. Fué largo. Debe de haber durado cuatro o cuarenta días, porque entraron y salieron muchas personas, como si aquello fuese un vagón del ferrocarril. Recuerdo, entre ellas, a un papel,

un lápiz enano, varios pedazos de pan, monedas, un papel bastante sucio y dobladito que al principio creí que fuese trapo y que resultó di-



*La vela, alta y muy bien prendida, estaba paradita al lado mío, como clavada...*

nero. Una vez casi me ahogo porque entró en el bolsillo un gordo fenomenal que por poco me aplasta. Tuve que apretarme contra el forro... Era un pañuelo lindísimo, blanco, azul y colorado, que había comprado Pedrín.

Y seguía el viaje...

Finalmente, una tarde, al obscurecer, Pedrín me volvió a agarrar, me miró, me refregó nuevamente con el saco... y me puso sobre una mesa de pino.

Estábamos en casa.

Era la casa del señor Pedrín.

Había muchas cosas: un catre, una silla, dos cajones parados uno encima de otro y que parecían roperos, un banquito, la mesa donde yo estaba, y muchas cosas más, como digo.

Pedrín tenía unos botines grandes y arrugados; pero muy cómodos. El pantalón parecía medio viejo. Yo creo que se hacía agujeros en la ropa para

estar más fresco, porque hacía mucho calor.

La vela, alta y muy bien prendida, estaba paradita al lado mío, como clavada en la mesa, sin necesidad de candelero. Junto a ella, la caja llena de fósforos, con aire de centinela, parecía decir: "Si te apagas, te prendo otra vez".

Con Pedrín no le valían excusas. Ardía que daba gusto y sin chistar... A veces hasta de día alumbraba, si a él se le ponía en la cabeza: cerraba la puerta, le acercaba un fósforo y ¡dele arder y llorar con lagrimones de estearina!...

Pedrín agarró la aguja y un hilo — también tenía todo esto — y me cosió a su saco, sin sacárselo.

¡Qué bien cosía!... ¡Qué hilo fuerte!... ¡Qué tirones para asegurarme!...

Y, sin embargo, cuán cierto es que al mejor cazador se le va la liebre. Una obra tan perfecta como aquella tuvo su falla. Pedrín olvidó "rematar" su costura. Mucho hilo, mu-



*— ¡Qué bien cosía!...*

cha pasada, mucho tirón, y al final quedaron los hilos sueltos contra el saco...

La educación me imponía silencio en casa ajena, y me callé. La educación y la prudencia; porque era bien probable que el nuevo amo gastara, como dicen, malas pulgas; pues, aunque nunca me mordieron, su pieza era el paraíso de ellas.

Pedrín era un hombre trabajador, si bien no trabajaba en sitio fijo, ni en tarea determinada.

Por el cariño que sentía hacia mí, se acostaba vestido; pero sin los botines, que le eran poco simpáticos y los tiraba contra el suelo. Es claro que los botines se ponían rabiosos, y por eso se arrugaban cada vez más y andaban con la trompa levantada.

Todas las mañanas, al dejar la cama, hacíamos el café y sin lavarnos, para no perder tiempo, salíamos en busca de trabajo.

Después de andar cuadras y cuadras, aparecía un niño, por ejemplo, y gritaba:

—¡Pedrín!

Pedrín se aproximaba.

—Dice mi mamá si puede bajarme la pelota.

—¿Dónde está? — preguntaba Pedrín.

—En la azotea.

—¿Tienen escalera?

—No; pero en el almacén de la esquina...

—Sí; en el almacén de la esquina. Todos dicen lo mismo... Se creen que el almacenero tiene la escalera para los vecinos.

El caso es que Pedrín conseguía escalera, subía, buscaba y bajaba la pelota.

—Si la señora desea — agregaba — puedo limpiar las bocas de los desagües, que están a la miseria.

Y Pedrín limpiaba toda la azotea.

Le pagaban y seguía caminando.



— Dice mi mamá...



El caso es que Pedrín conseguía escalera, subía, buscaba...

—¡Pedrín! — gritaba algún otro. — ¿Podría venir a colocar tres baldosas del patio?

—¿Tienen materiales, tienen cuchara de albañil?

—No — le contestaban; — pero se compran, y la cuchara se la prestarán en alguna obra...



—Hace poco... Acuértese... No hace dos años...

—¿Quiere arreglar esta canilla?... ¿Podría cazar el canarito que se escapó de la jaula? ¿Quiere venir mañana para ayudarle a la cocinera a limpiar la cocina? ¿No me conseguiría un gatito todo blanco? ¿Se compromete a

—Siempre dicen lo mismo, como si los albañiles de las obras tuvieran las herramientas para ustedes.

Lo cierto es que Pedrín colocaba las baldosas.

—¡Pedrín! ¡Buen día, Pedrín! — le decía una señora. — Deseaba verlo, porque, ¿sabe?, la puerta de la cocina que usted me pintó está peor que antes.

—¡Pero, señora!... — exclamaba Pedrín dulcemente. — ¿Cuánto hace que le pinté la puerta esa?

—Hace poco... Acuértese... No hace dos años...

—¡Señora! — contestaba. — No hace dos años... hace lo menos cuatro años... ¿Tiene el pincel aquel y la pintura?

—El pincel... sí; pero ¡está tan duro!

Pedrín pintaba la puerta, blanqueaba el gallinero, limpiaba el palomar, componía la camita del nene y conseguía una gallina clueca que necesitaba la señora para sacar pollitos.

—¡Pedrín! ¿Quiere arreglar

traerme tres veces al día leche de burra para la nenita!...

Y Pedrín traía, conseguía, ayudaba, arreglaba, cazaba y hacía cuanto le pedían.

La última vez que anduvimos juntos, lo llamó una señora:

—¡Pedrín! No podemos encender fuego para cocinar. La chimenea está tapada...

—Ya sabe, señora —contestó Pedrín,— que eso yo no puedo hacerlo solo. Fíjese dónde está la chimenea. Ese techo de teja es muy inclinado... Hay que hacer un andamio y asegurarlo con cuerdas, y usted no tiene ni tablas ni cuerdas...



—¡Ate bien esa cuerda!...



—Dígame... y yo, ¿cómo quedo?...

Convinieron en que tomaría un ayudante. Se dirigía a buscarlo, cuando pasó un hombre. Pedrín le explicó el trabajo y le propuso que lo ayudara. Aceptó y entraron juntos. Revisaron todo, y el recién venido dijo:

—Por menos de ocho pesos, ¡imposible!

Trajeron tablas y cuerdas, y el ayudante le dijo a Pedrín:

—Súbame las tablas.

Después ordenó:

—¡Ate bien esa cuerda!...

Después, empezó a gritar:

—¡Baje!... ¡Suba!... ¡Un poco más!... ¡A la derecha!...

Cuando suspendieron la tarea para ir a almorzar, Pedrín le preguntó al otro:

—Dígame... y yo, ¿cómo quedo?... ¿Como patrón o como dependiente?

—El trabajo — contestó aquel pillo — lo he



*¡Caí al suelo, separándome para siempre...!*

veía de indignación y tropezaba con cuanta

—Última vez, última vez en la vida que...

Y no pude escuchar una palabra más de lo que decía Pedrín.

La falta de "remate" causó el efecto previsto... ¡Caí al suelo, separándome para siempre de aquel hombre tan bueno, tan servicial, tan cariñoso con todos y tan agradecido que me acostaba con él en la misma cama!

Yo supongo que no existe en todo el mundo un hombre que posea tantas habilidades como Pedrín. Es una pena no haber seguido en su compañía, pues hubiera aprendido todos los oficios al mismo tiempo.

tratado yo; lo he dirigido yo... Es cosa mía... Le voy a dar uno cincuenta.

—¿Cómo dice? — estalló Pedrín, y ya nos enojamos él y yo. — He hecho lo más difícil, he conseguido las tablas y las cuerdas, me dieron a mí el trabajo, y ahora salimos con eso... Cobre usted todo; pero acabe usted solo... ¡Yo no me junto con ladrones!

Y dándole la espalda se fué.

Porque Pedrín, a buenas y con honradez, iba a todas partes; con maldades, no iba a ninguna. No le gustaban, tampoco, las discusiones. Había llamado a aquel hombre por serle indispensable, y le resultaba un pillo.

El pobre estaba que ni cosa se le ponía delante.

## El Matrimonio Mostén

**A**PENAS me había secado las lágrimas que me salieron de los cuatro ojos por la pena de separarme de Pedrín, cuando una mano femenina se apoderó de mí y me metió en una casa de departamentos conocida por el nombre de "Cartera".

Algo extraordinario. Yo no había visto nunca una casa de departamentos.

La entrada es muy grande, con portero que la abre y la cierra cada vez que pasa alguno. Al cerrarse el pestillo de la puerta hace: ¡Trac!... Y queda todo oscuro.

Los departamentos son de diversos tamaños y están separados por tabiques.

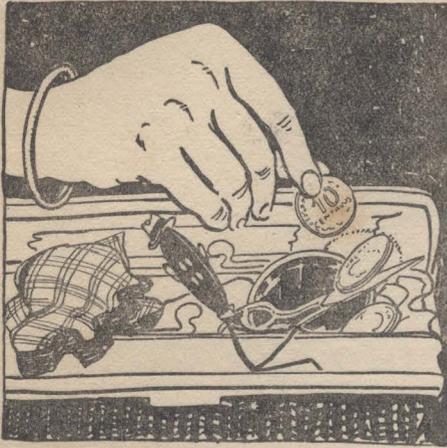
Aquello es un mundo de gente que entra y sale durante todo el día.

El ascensor es parecido a dos dedos: lo agarran a uno, lo llevan hasta la puerta y lo sacan afuera.

Hay inquilinos — como uno que se llama don Pañuelo — que tienen la chifladura de pasear en el ascensor. Se entretienen en subir y bajar a cada rato. Las señoras Llavés también andan bastante y cuando salen



*...se apoderó de mí y me metió en una casa de departamentos...*



...se tiraban de cabeza por el aire...

de su departamento gritan, chillan y se pelean. Se nota en seguida que son personas groseras.

En mi departamento me tocó la última pieza. Al lado mío estaba la señorita Tijerita, muy tiesa y muy formal; los señores Lentes, un joven de aspecto brillante llamado Espejito y unos muchachos barullentos de la familia de los Niqueles. Algunos de ellos, se me parecían en el tamaño y todos eran redondos como yo.

Ellos usaban el ascensor para salir; cuando volvían se tiraban de cabeza por el aire y caían lo más bien en su pieza, sin lastimarse.

Esos muchachos servirían admirablemente para pruebistas... ¡Quién sabe no lo eran!... ¡A lo mejor salían para hacer pruebas en el circo!... En estas casas de departamentos, se vive muy cerquita de la gente y no se sabe nada de ella... ¡Quién, por ejemplo, entre todos los vecinos, se imaginaría que habitaba en la casa Botón Tolón?...

Aquella existencia, demasiado tranquila, demasiado apacible, no podía prolongarse para un botón nacido para la actividad y las inquietudes propias de su naturaleza.

Un día en que estaba ya casi resuelto a entablar relaciones con la señorita Tijerita, me encontré, sin saber cómo, en el ascensor y en un tris quedé instalado en una especie de Hotel de Inmigrantes: una casa muy grande lle-



...quedé instalado en una especie de Hotel...



—¡He perdido la llave...!

ahora mismo?... —Y la señora le cantó:

—Tú lo quisiste, Pancho Mostén...

¡Tú lo quisiste!... ¡Tú te lo ten!

Aquello era muy gracioso mirándole la cara al pelado que se paseaba golpeando con los pies en el suelo... Los anteojos se le fueron corriendo hacia la punta de la nariz.

La señora se lo advirtió:

—¡Cuidado!—le dijo.—Sujeta el genio... Mira que los anteojos...

—¡Déjate de tonterías!—gritó don Pancho.

—Mira que los anteojos...

—¡Otra!—gritó más reciamente todavía don Pancho.—¡Ahora me saqué la gran-

na de botones de todos los tamaños y colores.

La señora de la mano aquella que me recogió del suelo cuando me perdió Pedrín era la jefe del Hotel. Nos arreglaba, nos revisaba, nos proponía ocupación y cuando la oportunidad convenía nos íbamos a trabajar.

Allí estaba con todos los otros, entretenerado en el montón, cuando entró un señor tan pelado como yo y con unos bigotes que, si los botones usáramos sombrero, nos servirían perfectamente como percha.

Entró el señor pelado gritando:

—¡He perdido la llave del cajón del escritorio!... ¡Se me ha caído por el agujero del bolsillo.

—Ya te dije—contestó la señora—que esperaras un minuto y te lo cosía.

—¡Qué hago yo ahora sin la llave?...

¡C ó m o s a c o  
e s o s p a p e l e s  
q u e n e c e s i t o



—¡Otra!—gritó más reciamente...

TU LO QUISISTE  
PANCHO MORIEN...  
...¡TÚ LO QUISISTE!  
...¡TÚ TE LO TENI!



—Tú lo quisiste, Pancho Mostén...

to le decían algo se encendía como un fósforo.

Si fuera a contar todas las veces que la señora cantó su cantito, no acabaría nunca.

Al fin aprendimos el cantito y cuando ella decía:

—Tú lo quisiste, Pancho Mostén...

todos los botones la acompañábamos en coro, riéndonos a carcajadas; pero bajito, ¿eh?, porque si don Pancho hubiera oído, estoy seguro de que nos pulverizaba a puñetazos.

Una señora simpática, tan serena y sonriente, con un puesto tan importante como debe ser el de jefe de aquel Hotel, y que don Pancho no asentara el juicio...

Porque le sucedían cosas estrafalarias.

Cuando compró la alfombra para el escritorio, estaba loco de contento. La señora le dijo:

—Muy bien; pero si sigues tirando los cigarros encendidos por el piso... ¡pobre alfombra!

No tardó mucho don Pancho en aparecer hecho una fiera:

—¡Alfombra perdida!... ¡Más de ocho agujeros!...

La señora no le contestaba más que con el cantito:

de!... ¡Fuss!... ¡Los malditos anteojos hechos trizas!...

Y la señora volvió a cantarle a media voz:

—Tú lo quisiste, Pancho Mostén...

¡Tú lo quisiste!... ¡Tú te lo teni!

Los botones nos moríamos de risa. Supuse que había jarana para rato en aquel Hotel, y así fué.

No pasó un día, sin oír el cantito de la jefe, y siempre con razón justificada.

El señor Mostén no andaba con la cabeza despejada, a pesar de tenerla tan pelada como un huevo de avestruz. Se aturdía, se olvidaba de todo, no hacía caso de las juiciosas advertencias de la señora y en cuan-



—¡Alfombra perdida!... ¡Más de ocho agujeros!...

*Tú lo quisiste, Pancho Mostén...*

Un día quería comprarse guantes. La señora le dijo:

—Ya sabes cómo eres tú para las compras. Dame los ocho pesos y yo te los traeré.

—¡Ocho pesos!... ¡Estás loca!... Ya verás que los compro por menos de la mitad.

Se fué por los boliches de no sé qué calle en busca de una "pichincha"... Vió en una vidriera un par de guantes de color habano, de rica cabritilla, tal como deseaba, con el precio de \$ 1.50.

Don Pancho entró como bala y dirigiéndose al comerciante preguntó:

—Diga: los guantes esos... ¿valen uno cincuenta?

—Sí, señor.

Don Pancho, en el colmo de la sorpresa y de la alegría, agregó:



*Vió en una vidriera un par de guantes de color habano, de rica cabritilla...*

—¿Me permite verlos?

El comerciante los retiró de la vidriera, y mientras revisaba uno, le alcanzó el otro:

—¡Justo!— dijo don Pancho;— siete tres cuartos. Es mi número... Me los envuelve, ¿quiere?

Pagó y se fué. De entrada no más exclamó:

—¡Ocho pesos!... ¡Mira!... ¡Yo no robo el dinero para tirarlo como tú!...

—¿Cuánto te costaron?

—¡Un peso y medio!... Y eso que no pedí rebaja.

—Pues, ¡son caros! — dijo la señora examinándolos... — Te han robado la plata... ¡Los dos son de la mano derecha!...

Don Pancho se quedó bobo. Des-



*De entrada no más exclamó: —¡Ocho pesos!... ¡Mira!...*



Y una noche resbaló...

ñora; — no lo conocemos... A lo mejor es un pícaro...

Pero él se lo dió. Fué el vidriero en busca de los vidrios... y don Pancho se quedó esperándolo... ¡hasta la fecha!

*¡Tú lo quisiste, Pancho Mostén...*

La señora siempre le prevenía:

—No bajes la escalera sin prender la luz... Tropezarás y te caerás.

—Me tienes harto con tus cosas de vieja... ¡Me he caído tantas veces para que embromes con eso? — le respondía sulfurado don Pancho.

Y una noche resbaló en la obscuridad, rodó por los escalones y se hizo un chichón en la frente que parecía la torre del Congreso.

*¡Tú lo quisiste!... ¡Tú te lo ten!*

pués de examinarlos se enojó mucho.

—¡Cómo iba a suponer que los dos guantes fueran de una misma mano? — gritaba estirándolos furioso, hasta romperlos...

*¡Qué jarana!...*

*¡Tú lo quisiste!... ¡Tú te lo ten!*

cantábamos en coro todos los botones.

Otra vez trató con un vidriero la colocación de unos vidrios en las puertas y ventanas. El vidriero le pidió el importe adelantado porque dijo que no tenía dinero para comprar los vidrios.

—No se lo des — le dijo la se-

¡Muy divertido!

No hacíamos otra cosa que reírnos. Les aseguro que era lo mismo que estar en un teatro cómico.

En cuanto él entraba en la pieza, comenzábamos a cantar:

*Tú lo quisiste,  
Pancho Mostén.*

*Tú lo quisiste,  
Pancho Mostén.*

*Tú lo quisiste,  
Pancho Mostén.*

Y seguíamos así, esperando que estallara la bomba de su indignación. Era, cuando más, cosa de minutos. Siempre le sucedía algo ridículo, siempre por su mala cabeza y siempre se enfurecía. Estallaba y cantá-

bamos en coro riéndonos a cuatro bocas, porque, como ustedes sabrán, nosotros tenemos las bocas en el mismo sitio que los ojos... Cantábamos riéndonos:

*¡Tú lo quisiste!... ¡Tú te lo ten!*

Por desgracia, cuando menos lo esperaba, entró la cocinera pidiendo un botón para terminar el arreglo de un chaleco de su hermano.

—¿Un botón? — dijo aquella señora tan santa. — Vea si aquí, entre tantos, está el que necesita...

¡Claro!... Éra yo el predestinado a trabajar con el hermano de la cocinera.

¡Cuánto hubiera pagado por ver el final de aquellas escenas tan có-



— Vea si aquí, entre tantos, está el que necesita...



...la cocinera me cosía al chaleco, cantando...

Si la costura — pensé — va como el canto... ¡poco duraré al servicio de tu hermano! Mira, aturdida, cómo pasas el hilo y cómo das las puntadas... que si manejas la aguja como los versos... ¡ya sé lo que ocurrirá!...

micas y por oír toda la vida la dulce voz de la dulcísima señora cantándole al estrambótico don Pancho el

*“Tú lo quisiste...  
...¡Tú te lo ten!”*

¡Cuánto hubiera pagado para que aquel señor se corrigiese de sus distracciones y de su malísimo carácter y aprendiera a disfrutar de la paz que le brindaba la excelente compañera!...

Pero un pobre botón no paga nada, ni elige su destino.

Allí fuí, a la cocina, como una papa o una lechuga cualquiera, y mientras hervían las ollas, la cocinera me cosía al chaleco, cantando:

*“A la sombra de un  
[rí*

*pasaba un sauce  
y en el sauce bogaba  
con mucho brío.”*



## Botón Tolón en la confitería

Al recibir el chaleco, dijo el hermano de la cocinera:  
—Yo creo que mañana mismo empiezo a trabajar en la confitería.

¡Casi me caigo de contento!

¡Ser confitero!... ¡La aspiración de mi vida!

No me gustaba, precisamente, elaborar las masas, porque es una tarea poco limpia; ni, tampoco, cocerlas en el horno.

Prefería encargarme del despacho... Tengo cuatro bocas que alimentar, y eso que soy soltero.

¡Cualquiera se imaginará el programa que me prometía!... Que entra un cliente y pide caramelos; pues, al poner los caramelos en el cartucho queda uno, o quedan dos en la cuchara: al buche. Que una señora desea guindas "glacées"... Se ponen las deliciosas guindas en el cartucho, se llevan a la balanza, y, en el momento de arreglar el paquetito, sobran algunas y se entretiene uno saboreándolas mientras ata el hi-



—Yo creo que mañana mismo empiezo a trabajar en la confitería.

lo. Que alguien compra yemas: una yema para mí. Que otro pide confites con licor... vaya uno para el pobre Botón Tolón...

Y así durante todas las horas de trabajo.

Es lo que yo llamo una vida dulce; una existencia llena de dulzuras; una tarea francamente agradable.

“Yo creo que mañana mismo empiezo a trabajar” — había dicho el hermano de la cocinera. Tal como lo dijo, sucedió.

Al otro día, que era lunes, entrábamos muy orondos en la confitería. Nos recibió el patrón.

—Su trabajo, Nicolás — le dijo al mozo, — es atender bien a la clientela. Ya sabe que hay que tener mucha paciencia, ser cortés con todo el mundo, porque si no atendemos como es debido a los que vienen, se irán a com-



— Su trabajo, Nicolás - le dijo al mozo, - es atender bien a la clientela.

prar a otra parte. ¿Comprende?...

—Pierda cuidado, patrón — le contestó Nicolás.

—Aquí está su compañero Federico — agregó el patrón. — El le enseñará los precios de los artículos que no los tienen indicados.

Estábamos al lado de una bandeja de merengues chiquitos, tostaditos, recién salidos del horno... Se me hacían agua las bocas...

El patrón nos había dado la espalda...

Pero, ¿qué creerán ustedes que me sucedió?... Que Nicolás se había abrochado el saco... Por consiguiente, apenas podía ver; en cuanto a devorar algunos merenguitos... ¡imposible!...

En cambio, Nicolás, en cuanto observó que el patrón no lo veía, se comió



En cambio, Nicolás...

uno, dos, tres, cuatro merenguitos con rapidez increíble.

El mozo era más listo y más tragón de lo que yo suponía.

A los pocos minutos el patrón se asomó a la puerta de calle y se puso a mirar hacia la acera de enfrente. Nicolás levantó el cristal de los bombones y... ¡aquel sí que fué banquete!... Comenzaba por un extremo y levantaba y tragaba uno de cada clase hasta el otro extremo... Al acabar la fila, observaba al patrón que continuaba inmóvil, muy interesado en ver algo de enfrente... Nicolás daba otra recorrida a los bombones. Tragaba largos, redondos, rellenos de chocolate, licor...

Cuando Nicolás se cansó de comer bombones, se aproximó a las bandejas



*Tragaba largos, redondos...*



*... comprobé que el patrón salía...*

de las masas finas, esas chiquitas, riquísimas, en bandejitas de papel bordado...

Nicolás se había desbrochado dos botones del saco y comprobé que el patrón salía a la calle, dirigiéndose hacia la acera de enfrente.

“¡Ya verás... — pensé — lo que te pasa por confiado!... ¡Cuando vuelvas, este avestruz se habrá tragado toda la confitería!”

Nicolás, en efecto, al comprobar la ausencia del patrón, ya no tuvo miramientos.

Comenzó el nuevo y formidable ataque por las masitas finas; siguió con los “marrons glacés”, se detuvo ante la pirámide de las guindas; llevó una tremenda carga a los caramelos rellenos; pasó revista a los pastelitos con crema y a los merengues de chantilly; com-

paró de nuevo el gusto de todos los bombones, de todos los confites, de todos los caramelos...

¡Y el patrón no volvía!... ¡Y Nicolás se mostraba cada vez más resuelto a completar la mudanza de los dulces, de las vitrinas, frascos y bandejas a su estómago!...

Se desabrochó el otro botón del saco.... Comenzaron a entrar clientes... Al despachar cada cosa, Nicolás la probaba...

El estómago se le iba hinchando cada vez más. Yo me sentía muy molesto. Me corrí hasta el extremo del ojal, decidido a saltar si seguía aquella opresión que me asfixiaba.

A todo esto, el otro mozo arreglaba en los estantes una cantidad de cajitas para bombones.

Cuando terminó, Nicolás estaba ante un cajón de almendras extranjeras y ya se había tragado no sé cuantos puñados...

—¡Tonto! — le dijo, al volver, a Nicolás...

—¡Parece mentira que no te hayas dado cuenta!

Nicolás se puso todo colorado; pero no pudo contestarle en seguida porque tenía la boca llena.

Cuando tragó el último puñado de las almendras, contestó:

—Si no está... si se fué enfrente.

—¡Tonto! — volvió a decir el compañero. — La culpa es mía, porque debí advertírtelo... Estaba entretenido con esas cajas... y...

—¿Y qué? — preguntó Nicolás asustado. — ¿Quién me ha visto?

—Nadie te ha visto; pero ahora verás tú la sonrisita del patrón cuando regrese... Fíjate cómo te mira la barriga... ¿O tú crees que se ha ido de puro gusto?

—No comprendo... — murmuró Nicolás. — ¡Habla claro, por favor!...

—Al patrón le sucedía que los mozos, los ayudantes, los peones, etcétera, eran más comilones que la langosta... Entonces, como no tiene un pelo de tonto y es muy viejo en el oficio, ideó el remedio que te ha aplicado a ti: Cuando entra



... el otro mozo arreglaba en los estantes una cantidad...



...Fíjate cómo te mira la barriga...  
¿O tú crees que se ha ido...

un dependiente nuevo, él busca la manera de dejarlo solo y a gusto para que se proporcione un banquete colosal de todos los dulces, sin mezquinarle nada, sin esconderle ninguno... El bisoño como tú come a sus anchas, come como un bárbaro de cuanto hay, dándose un atracón tan soberano como el que te has dado tú...

—No le veo la gracia — exclamó Nicolás, cuyo rostro se había puesto colorado y cuyo estómago estaba igual que un tambor.

—Todavía no le ves la gracia — le repuso el compañero... ¡Ya se la verás!... ¡Ya me contarás mañana!... Y te juego la cabeza a que en la vida vuelves a probar un dulce... como me ocurre a mí mismo, que no trago un caramelo ni por cien pesos... ¡Ya me dirás mañana!... ¡Ya veremos si mañana eres capaz de morder siquiera una masita o un bombón!...

¡Pobre Nicolás! Ya le había empezado el hipo de hipopótamo, y lo atormentaban las náuseas, el mareo y los retortijones de tripas.

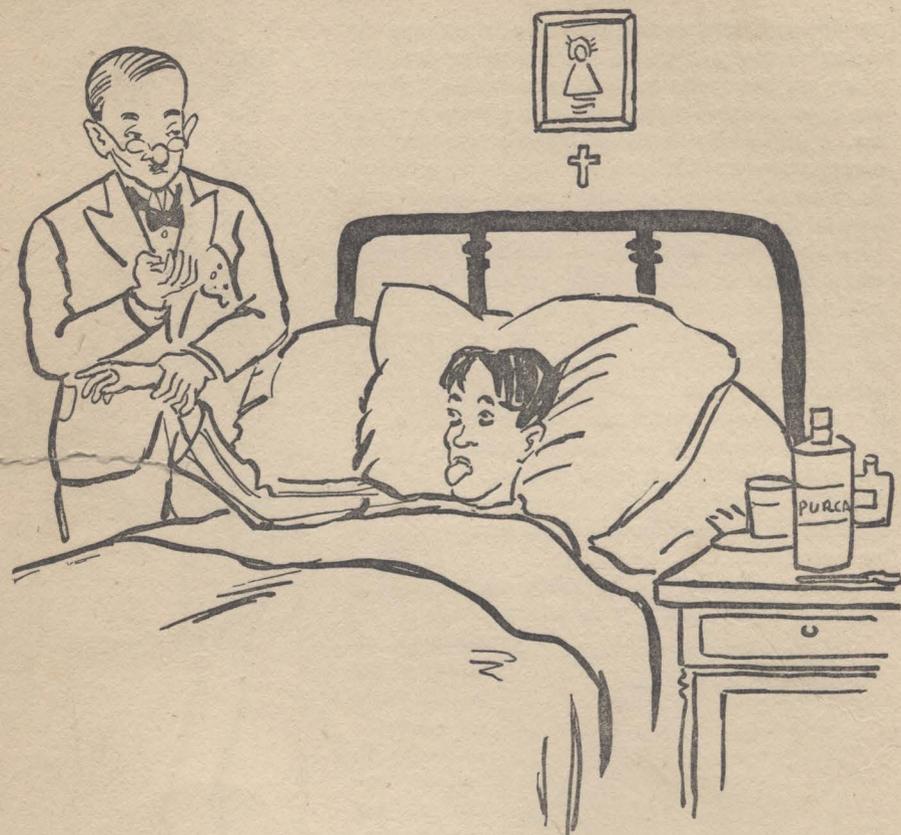
Entró el patrón como si no supiera nada de lo ocurrido y con una sonrisita burlona lo miraba al infeliz Nicolás que se ponía cada vez más colorado.



Entró el patrón como si no supiera nada de lo ocurrido...



—No le veo la gracia — exclamó Nicolás, cuyo rostro...



*Tuvo que llamar médico y permanecer dos días en cama. Dos días más se quedó sin salir...*

—Bueno, amigo—le dijo;—por ser el primer día ya ha trabajado bastante... Váyase, no más, a descansar... Y mañana se viene temprano a ocupar su puesto; pero, hágame el favor: cuando atienda el despacho, no se desprenda el saco, porque eso no está bien...

El que no estaba bien, sino muy requetemal, era el pobre Nicolás. Por milagro, no reventó como una bomba explosiva. Tuvo que llamar médico y permanecer dos días en cama. Dos días más se quedó sin salir de la pieza. Se sentía muy débil y sin ningún apetito... Recién al otro lunes se animó a volver a ocupar su puesto...; pero, en cuanto se acercó a la confitería y sintió el olor de las masas... se reprodu-

jeron las náuseas, y las arcadas y los retortijones de las tripas.

—¡ Por el amor de Dios! — clamaba el infeliz en voz alta. — ¡ Este patrón ha sido un bruto!... ¿Cómo no se ha dado cuenta de que casi me mata?...

Cruzó la calzada y aguardó un rato, apoyado de espaldas contra la pared de una casa de enfrente.

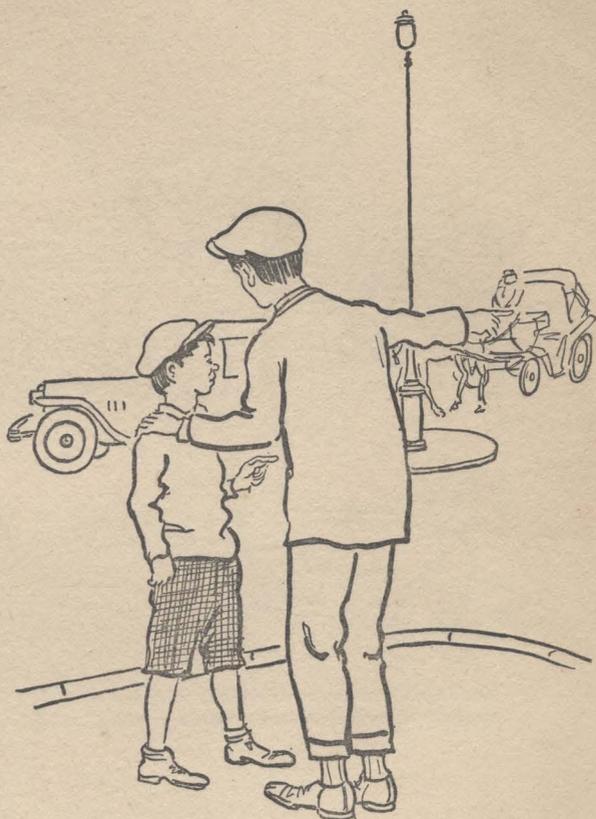
Deseoso de no perder el empleo, volvió a ponerse en marcha. No bien estuvo a seis pasos de la puerta empezó a escupir y tapándose las narices dió marcha atrás.

Tres, cuatro, cinco veces más intentó entrar en la confitería y otras tantas en cuanto le llegaba el más débil tufillo se le acalabraba el estómago y enloquecía de asco.

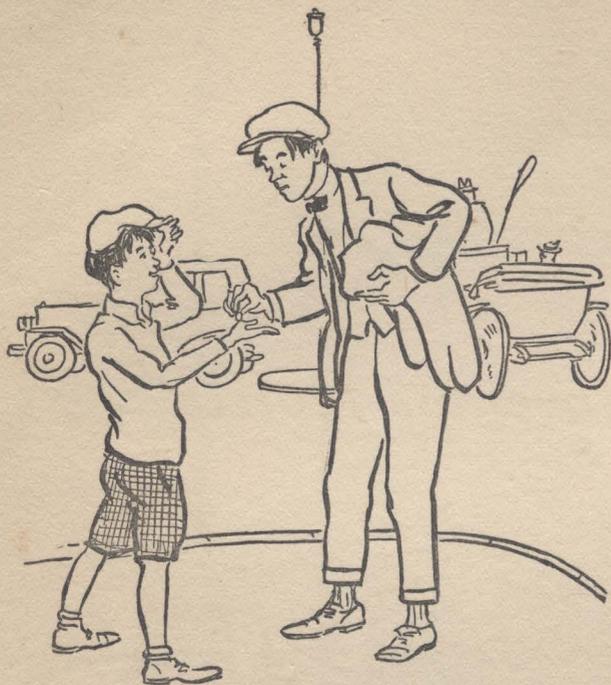
Viendo que todos los esfuerzos serían inútiles, llamó a un niño que pasaba y le dijo:

--¿Quieres hacerme un favor?... Entra en la confitería, pregunta por el patrón y le dices de parte de Nicolás que no puedo volver porque estoy enfermo... y que si quiere pagarme el día y mandarme el saco de lustrina que dejé en la pieza del fondo.

El niño aceptó el encargo. Mientras lo cumplía, Nicolás se dió vuelta y comenzó a mirar la vidriera de una tienda... Tal era la aversión y la inquina que experimentaba contra los dulces, que nada más que de



*...llamó a un niño que pasaba y le dijo...*



*Nicolás, sin prestar atención a la propuesta, le regaló al mensajero una moneda y salió...*

ver entrar y salir a los clientes con paquetes y de imaginar lo que contenían... eructaba y le daba hipo.

Volvió por fin el niño y entregándole el saco y dinero, le dijo:

—Dice el patrón que aquí está todo... y que si vuelve algún día...

—¡Está loco!...

—...algún día... que cuando quiera volver, que vuelva y que le pagará mejor que ahora.

Nicolás, sin prestar atención a la propuesta, le regaló al mensajero una moneda y salió como si fuese a apagar un incendio.



## El inventor Hollin

**T**ODAVIA le duraba el hipo, aunque no continuo, cuando al recorrer los avisos de "La Prensa", en busca de trabajo, encontró uno que decía así:

"Mucamo necesita señor solo para ciudad y viajes a todo el mundo".

Sin perder un minuto, Nicolás me prendió y salimos hacia la dirección indicada en el diario.

Cada vez que nos acercábamos a una confitería, o pastelería, o a un vendedor ambulante de caramelos y chocolates, nos molestaba el hipo y tomábamos la otra acera.

El señor que había puesto el aviso era un señor bajito y delgado. Un mechón de pelo negro cruzaba su cráneo como un ratón que saliera de una oreja para meterse en la otra. Las cejas eran largas y duras como alambres, y a uno le daba miedo de que, al enojarse, lo pinchara con ellas.



...en busca de trabajo, encontró...

Tenía una pierna más corta que la otra, o un tacón más chico, porque al caminar rengueaba mientras lo seguíamos, como diciendo: ¡Ven aquí!... ¡Ven aquí!... ¡Ven aquí!...

Se pusieron de acuerdo en las condiciones y nos quedamos en la casa de aquel señor, que resultó ser nada menos que el inventor Hollín.

Era un hombre muy trabajador y muy gracioso.

Al poco rato de estar allí, le pidió a Nicolás le trajera tabaco para la pipa, y, como Nicolás no lo encontrara en el sitio que le indicó, le dijo:

—Es igual. Toma... Lléname la pipa de algo... Ponle te o algunas hojas secas del árbol que hay en el fondo... Cualquiera cosa...; pero ¡en seguida!

Y fumaba todo lo mismo que si fuera tabaco.

Nicolás andaba siempre sin saco, así que el empleo me resultaba espléndido.

Por su parte, el inventor Hollín andaba sin medias y en zapatillas.



*Nicolás preparaba la comida y la ponía en la mesa a las 12 en punto...*



*Tenía una pierna más corta...*

Nicolás preparaba la comida y la ponía en la mesa a las 12 en punto; pero el señor Hollín estaba a todas horas tan ocupado con sus inventos, que a menudo le decía:

— Oye: corta un pan por el medio, ponle alguna cosa dentro y me lo traes... Ponle cualquier cosa... lo que se te dé la gana.

Nicolás se divertía haciéndole sandwiches de engrudo, de algodón con aceite, de cáscaras de papa y hasta de cuero machacado.

Mientras dibujaba, o limaba alguna pieza de acero, o soldaba algo, comía de cuando en cuando un bocadito, y todo se lo tragaba sin preocuparse del gusto o de la dureza.

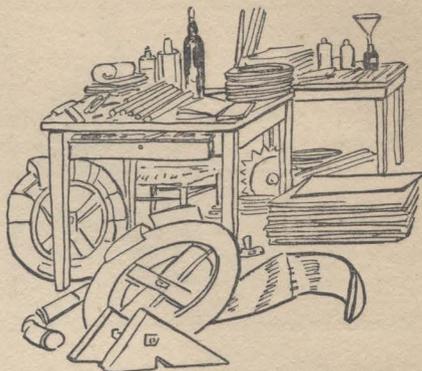
— Si no me paga — dijo un día

Nicolás —le voy a hacer sandwiches de hojas de malvón picado con betún... —Y se los hizo y los comió lo mismo.

Toda la casa servía de taller. Por todos lados había mesas y las mesas estaban llenas de objetos de metal, de alambres, de maderas, de herramientas, de cartones, papeles, frascos y tubos de vidrio.

Por el suelo había piezas de acero, ruedas, neumáticos, cajones, cuerdas, estopa, clavos, tornillos y muchas cosas más.

Allí no se usaba la escoba más que en la cocina y en nuestro dormitorio. El señor Hollín nos tenía severamente prohibido barrer ni mover de su sitio ninguna cosa.



*Por el suelo había piezas de acero, ruedas, neumáticos, cajones, cuerdas, estopa,...*



El invento más notable del señor Hollín era el automóvil “Relámpago”, cuyo modelo de cartón y hojalata estaba en el centro del hall. Tenía, por cierto, una forma muy original y rara.

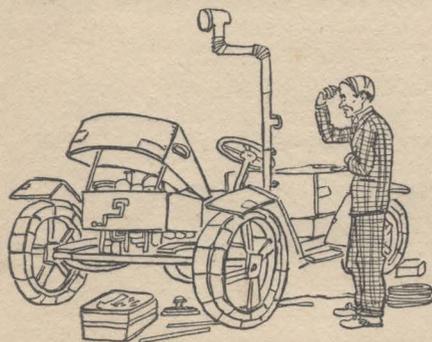
El “Relámpago” es un automóvil de regular tamaño, con una boca abierta al frente que parece la boca de una ballena.

Para que comience a caminar basta encender con un fósforo el calentador que tiene dentro del “capot”. Al estar bien encendido, calienta el agua en un serpentín y por un procedimiento secreto la descompone en los dos gases que la forman: oxígeno e hidrógeno.

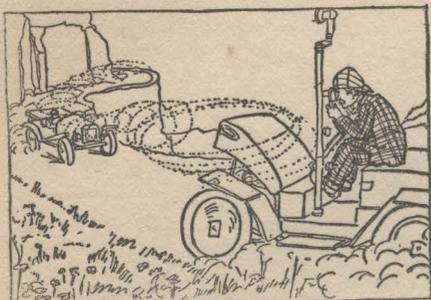
El oxígeno actúa como soplete; el hidrógeno, que es un gas inflamable, arde, y con sus explosiones y su fuerza expansiva substituye con grandes ventajas a la nafta para hacer girar el cigüeñal.

De modo que el “Relámpago” camina con agua pura, sin ningún otro gasto.

Para aumentar la velocidad, está la boca del frente. Cuando el “Relámpago” corre, el viento entra por la boca como un río impetuoso.



*El “Relámpago” es un automóvil de regular tamaño, con una boca abierta...*



*Esta onda es recogida por los automóviles...*

Entre otros cien detalles interesantes, el "Relámpago" se halla dotado de una especie de periscopio, con el cual se puede ver el tráfico de las calles y caminos transversales — mucho antes de llegar a la bocacalle — con el auxilio de espejos colocados de antemano en sitios fijos.

Para mayor seguridad contra accidentes, el señor Hollín ha suprimido la bocina, substituyéndola por un ingenioso aparatito que, al oprimir un botón, proyecta una mancha roja a la distancia que se desee y en el punto que convenga. Como la vista alcanza a percibir a mucha mayor distancia la proximidad de otro automóvil, se produzcan choques.

Para las grandes y vertiginosas marchas por las carreteras y caminos del interior, el señor Hollín ha ideado otro aparato, más notable aun, que proyecta una onda hertziana a la distancia. Esta onda es recogida por los automóviles que se hallan en el radio de peligro y se transforma en un toque de timbre que suena al lado del conductor.

Para el manejo del "Relámpago" hay en el volante cuatro botones.

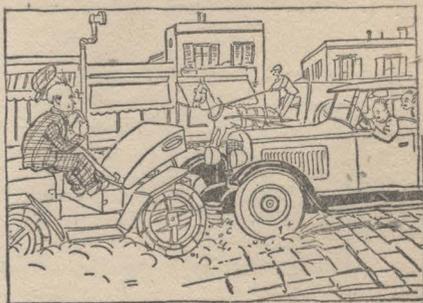
Basta oprimirlos para los cambios y la marcha atrás. La velocidad se comunica con un acelerador que consiste en un pequeño cilindro adaptado también al volante. Cuanto más se abre la mano, mayormente aumenta la velocidad; al oprimirla, disminuye. Si la presión de la mano es excesiva o brusca, el "Relámpago" se clava en el sitio y ya no camina más sin oprimir el botón de arranque.

El señor Hollín ha inventado este aparato porque ante el peli-

so y torrencial: esta poderosísima corriente de aire es aprovechada para dar mayor impulso al cigüeñal, cuya velocidad de rotación aumenta hasta el límite máximo.

A medida que aumenta la velocidad, mayor es la potencialidad del vendaval que penetra por el frente.

El "Relámpago" alcanza la velocidad fantástica de 500 kilómetros por hora, sin gastar un centavo.



*No hay miedo de confusiones.*



También hay en la azotea de la casa...

Aparte del estupendo "Relámpago", el señor Hollín se dedica a otros numerosos inventos.

En la cocina de su casa, por ejemplo, no se gasta carbón, leña ni combustible de ninguna clase.

Hay un tubo que baja desde la azotea y que al recibir el calor del sol lo recoge en un espejo de metal y lo conduce por su interior a través de una serie de lentes biconvexas. El calor del sol, al llegar a la cocina, es proyectado dentro de un aparato que lo retiene listo para el uso en todo momento.

Allí se conserva el calor como el sonido en el disco del gramófono.

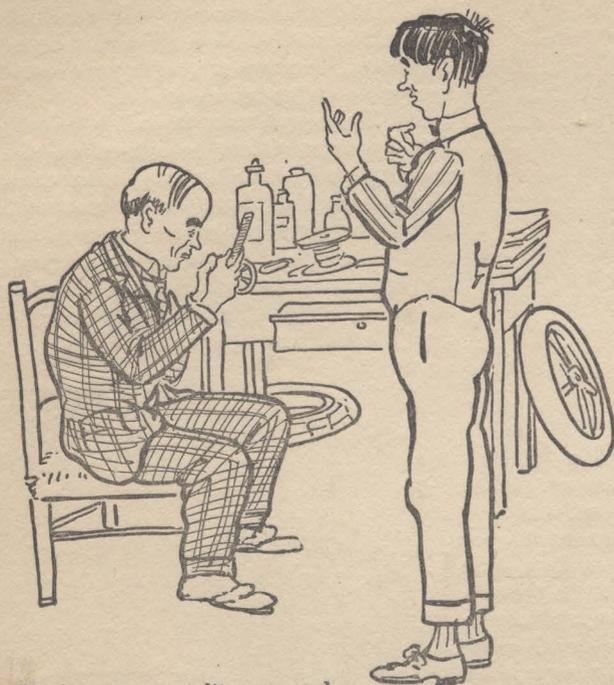
También hay en la azotea de la casa numerosos molinos de viento, de reducido tamaño, dotados de trompetillas que giran vertiginosamente. El señor Hollín aprovecha esa fuerza para sus dinamos como si fuera corriente eléctrica. Sin gastar un centavo, dispone

gro, involuntariamente, todo conductor cierra los puños. No hay miedo de confusiones. Cuanto mayor sea el susto, mejor se detendrá el coche.

Es lógico que con tamañas velocidades, los neumáticos reclamen un sistema especial. El señor Hollín ha creado el "Neumollín", que es un neumático formado por pequeños neumáticos; algo parecido a un panal de abejas... En cuanto se produce una pinchadura, se retira el "pan" afectado y se ajusta uno nuevo. La operación dura pocos segundos.



...era tan distraído que ni se acordaba de lavarse...



—El almacenero me dijo que usted...

que ni se acordaba de lavarse la cara ni de pagarle el sueldo a Nicolás; y por esta insignificancia se disgustaron.

—¿Usted piensa — le decía el gran inventor — que voy a dejar ahora de terminar esto para ir a buscar dinero al Banco y pagarle su sueldo?... ¿Usted puede suponer que voy a robarle su trabajo?...

—Yo no supongo nada — le contestaba Nicolás; — pero lo cierto es que usted me debe y no me paga, y que... ayer mismo, no se ha podido comprar aceite... y que...

—Muy bien — concluyó, enojándose, el señor Hollín; — otro será el chofer de mi “Relámpago”.

Nicolás se enojó más todavía, y le dijo:

—Su “Relámpago”, señor, bien sabe usted que no camina... Todo lo que hace es ruido, y nada más... El almacenero me dijo que usted todavía no ha inventado nada... más que disculpas para no pagarle.

Al oír esto, el inventor arrojó sobre la mesa las ruedecitas de acero

de energía e ilumina toda la casa, que está tan clara de noche como de día.



Las perspectivas eran, pues, inmejorables.

Nicolás contaba con la formal promesa del señor Hollín de ser el chofer de “Relámpago”.

Además, para patentar sus inventos y vender las patentes pensaba visitar las principales ciudades del mundo.

Lo malo es que el señor Hollín era tan distraído

que limaba, y, señalando la puerta de calle, gritó:

—¡Mándese mudar inmediatamente!... ¡Váyase o... lo carbonizo!

Su cara asustaba.

El largo mechón de pelo colgaba de un lado sobre la mejilla, como siempre que perdía la tranquilidad.

Tomó de un extremo de la mesa una especie de lámpara que al encenderse despedía chispas y una luz tan viva que cegaba, y, apuntándole con esto al infeliz Nico-



*...y, apuntándole con esto al infeliz...*

lás, le repetía que se fuera si no quería verse convertido en ceniza.

Nicolás, aterrorizado, se cambió de ropas en un periquete, hizo un lío con algunos objetos de su propiedad, y salió corriendo como un tren expreso que no para hasta quedarse ya sin agua.

Todavía, desde la puerta de calle hizo una postrera tentativa para conseguir que aquella fiera le pagara su trabajo; pero el inventor estaba cada vez más furioso, y gritaba:

—Conque mi “Relámpago” no camina, ¿eh?... ¿Conque no he inventado nada?... Aguarda, aguarda un segundo... ¡déjame que agarre mi martinete eléctrico y te convierto la cabeza en papel secante!

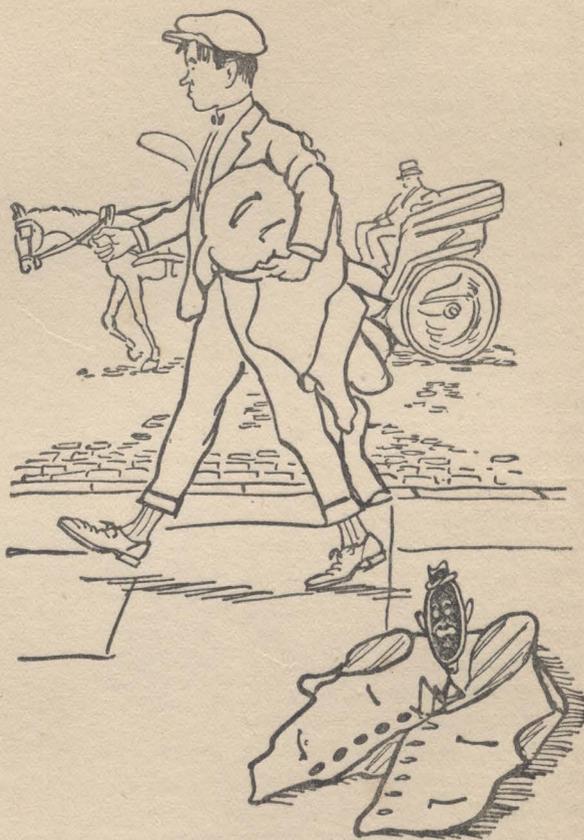
Nicolás, cada vez más asustado, echó a correr temeroso de que saliera a buscarlo para demostrarle la eficacia del martinete.

En la calle tropezaba con las demás personas; gesticulaba y hablaba en voz alta, diciendo que estaba dispuesto a hacerse pagar hasta el último centavo por aquel maldito loco, aunque tuviese que remover cielo y tierra.

Sin pararse, decía:

—Me voy, pero ya me pagará. ¡A mí no me va a robar ese pillo!... ¡Ya verá con quién se ha metido y quién sale perdiendo!...

Y en los soliloquios, ademanes, encontrones y hasta patadas y corcovos con que desahogó su cólera, tanto removió el mal atado lio, que, de repente, se salió mi remendado chaleco y caímos en la acera.



...tanto removió el mal atado lio, que, de repente, se salió mi remendado chaleco y caímos en la acera.



## Momentos angustiosos

EL primer transeunte que pasó tras Nicolás nos dió, sin motivo alguno, un tremendo puntapié, lanzándonos contra un muro. El segundo nos pisó por puro gusto. El tercero nos mandó al borde de la acera. El cuarto nos recogió y nos llevó un trecho con él. Parecía una persona caritativa, que me preguntaba cómo era posible que Botón Tolón estuviese en tan mala compañía y tirado en la calle... Pero se fastidió, porque no le contesté nada, y nos lanzó contra el suelo.

Por fin, un carrerito muy simpático sujetó los caballos, nos recogió, nos examinó y, después de un momento de vacilación, nos arrojó dentro del carro.

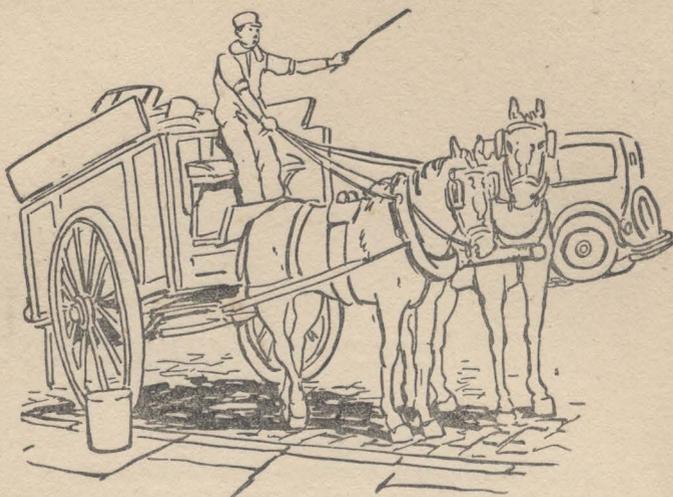
“Esto es lo primero—pensaba;— salir cuanto antes de la calle. Para mí, todo trabajo es bueno; lo que no deseo es que me lleven a



*El tercero nos mandó al borde de la acera.*

la basura . . .  
¡Apostaría a  
que el carre-  
rito es el me-  
jor patrón del  
mundo y el  
que me pren-  
de y despren-  
de con más ca-  
riño! . . .”

¡Figúrense  
cuán espanto-  
sa sería mi  
desilusión al  
comprobar  
que me halla-  
ba en un ca-  
rro de basu-  
ra! . . . El úl-  
timo grado de  
la desgracia es



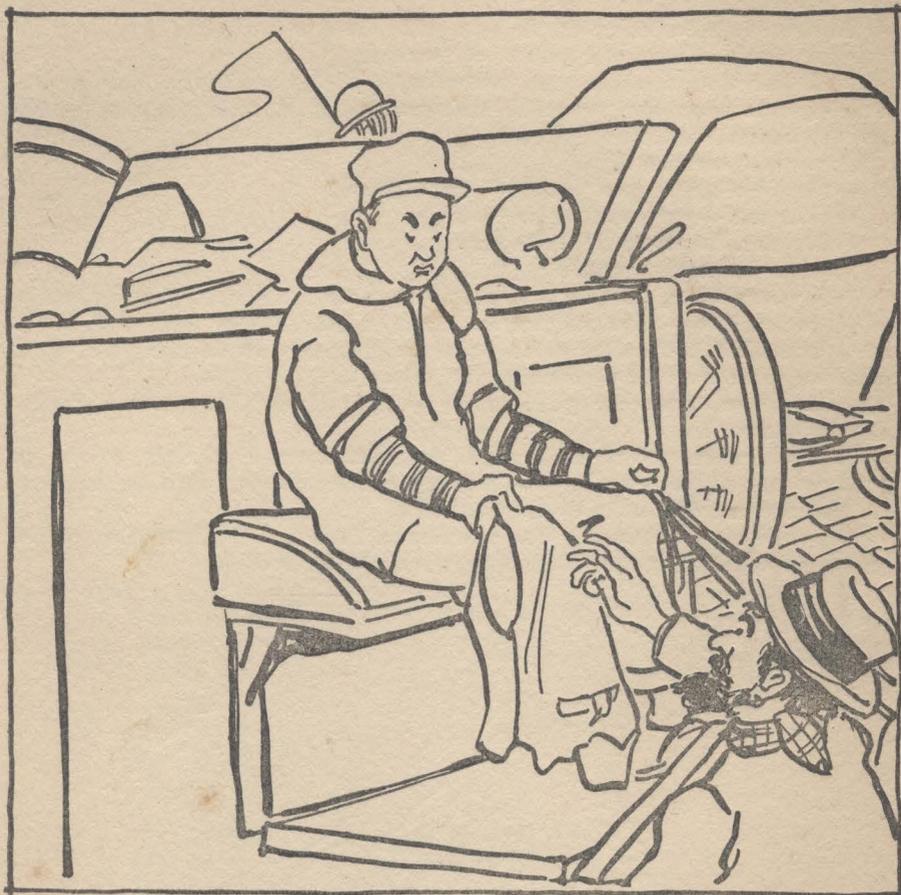
...al comprobar que me hallaba en un carro de basura!...



...púseme a gritar desafortadamente...

convertirse en basura. Mezclarse con agujas y broches inservibles, con carbón, polvo y ceniza, que le tapan a uno los ojos y las bocas, y todo ¡para qué?... ¡Para tener el honor de que lo quemem en el Infierno de las cosas! ¡Para que lo tome a uno el diablo con la horquilla y lo ponga en el mismo medio de las llamas!...

Se explica que la taberna, el crimen y la vagancia lleven a la basura; ¡pero que por simple casualidad, porque un cordel está mal atado, lo transporten a uno en semejante compañía para convertirlo en polvo!...



— *A vos te sirve, porque, total... la ropa no te dura... y está limpito.*

Horrorizado e indignado, púseme a gritar desafortadamente en demanda de auxilio, con la esperanza de que algún funcionario o alguna señora caritativa se condoliese de mi situación y reparara tan monstruosa injusticia.

Una repelente cáscara de zapallo ahogaba un tanto mis voces.

A pesar de todo, tuve suerte.

Un hombre se aproximó. El falaz carrerito detuvo a los caballos. Se saludaron y hablaron.

Hablaban de los caballos, de una guitarra que no tenía cuerdas y de que un domingo iban a ir juntos a Barracas.

“¿A qué vienen ahora esas tonterías? — reflexionaba yo, dándole codazos a una papa que pretendía quitarme mi sitio en la ventana. — ¡Sacarme de aquí cuanto antes!...”

Por fin el carrero dijo:

—“Decime”, che, ¿no “querés” un chaleco?

—¿Nuevo? — preguntó aquel hombre.

—Regular. Lo encontré en la calle...

Y, agarrándonos, agregó:

—A vos te sirve, porque, total... la ropa no te dura... y está limpito.

—Me lo llevo — dijo mi protector mirándome. — En todo caso, lo lavaré bien. Las mañanitas están bastante frescas y es de abrigo... Este que uso tiene un olor a pescado que voltea.

—Pues que aproveche y... ¡chau! — dijo el maldito carrero, reanudando la marcha.

Aquel hombre que ni siquiera había soñado con el chaleco, y que yo veía por vez primera en la vida, habíase convertido, por obra de la casualidad, en el nuevo dueño de mi destino.

No tardé mucho en saber que se llamaba Perico. En cuanto a su oficio, no podía caber la menor duda después de haberlo oído.



## Perico el pescador

**P**ERICO vivía cerca de la costa del estuario del Plata, entre Rivadavia y Olivos.

La puerta de su casa era tan bajita que Perico no podía entrar sin encorvarse.

Era una casa muy linda y muy agradable en el verano, pues el piso y las paredes de barro le daban una frescura de tinaja. Además, los agujeros del techo de paja aseguraban una excelente ventilación y permitían muchas veces que la luz de la Luna nos alumbrara.



Perico era un hombre como de cincuenta años; un poco sordo, un poco haragán, un poco amigo del trabajo, con ancha y larga barba blanquinegra que de continuo mesaba en busca de alguna escama.

Durante los primeros días no pude verlo pescar: nos tenía en peni-

...el piso y las paredes de barro le daban una frescura de tinaja.

tencia contra la pared, colgados de un clavo.

Mucho antes de aclarar, tomaba mate y se iba, cerrando la puerta.

El único entretenimiento era la música: ya escuchábamos el canto de algún grillo, o de algún gallo o los píos de los gorriones.

Por fin, el pescador se decidió una tarde a meternos en una lata con agua; nos jabonó, nos refregó, nos enjuagó y nos puso al sol para que nos secáramos. A los dos días nos recogió y poniéndose el chaleco nos llevó para que lo ayudáramos en sus trabajos.

Más de una vez le había oído decir “que iba a tomar la caña” y “que le gustaba la caña”, así que fué muy grande mi sorpresa al verlo recoger, en vez de la caña, una gran red y marchar con ella al hombro hacia la costa. Allí lo esperaba un tal Tomás, también descalzo



...nos jabonó, nos refregó, nos enjuagó y...



...comenzaron a arrojar la red al agua.

y con el pantalón enrollado encima de la rodilla. Subieron a un pequeño bote y se alejaron río adentro. Cuando estuvieron a la distancia conveniente, comenzaron a arrojar la red al agua. Una vez que terminaron de arrojarla, regresaron a tierra.

—Hay pescado — dijo Tomás.

—Sí; esta virazón

trae muchos — contestó Perico.

Después supe que la red poseía corchos en uno de los bordes para mantenerla a flote y que quedaba fija porque la amarraban por los extremos a una especie de boyas sujetas con una cuerda a un pedazo de hierro depositado en el lecho del río.

Antes de aclarar volvían para recoger la red; la subían al bote y regresaban a la costa, a veces con un gran montón de peces, otras con tres o cuatro solamente.

“¿Cómo es — me decía yo — que traen pescado sin que nadie lo pesque?”

Yo veía que los peces no quedaban aprisionados al querer pasar por los agujeros de la red, ni encerrados en ella como en una bolsa; así que tenía curiosidad por conocer la forma de cazarlos.

Felizmente, una tarde Perico se dejó el chaleco sin el saco y así pude descubrir aquel misterio.

Sentados él y su compañero en el suelo, al aire libre, se dedicaron a preparar la red. Había en uno de los bordes de ella una cantidad inmensa de anzuelos: este borde de la red era el que quedaba bajo el agua mientras el otro borde quedaba en la superficie sostenido por los corchos.

Los pescadores ponían una carnada en cada anzuelo. La carnada consistía en un pedacito de pescado.

Al tragar los peces la carnada, tragaban el anzuelo y permanecían allí prisioneros, aunque vivos, hasta que los pescadores recogían la red.

Además de preparar todos los anzuelos, componían la red, que a menudo sufría algunos desgarrones.

Estas tareas los ocupaban durante la tarde. Después echaban la red y se acostaban a dormir, para ir a recogerla de madrugada. Finalmente, había que salir a vender el pescado. Esta era la parte más azarosa y molesta del oficio. Tan pronto lo vendían con facilidad, como



*Sentados él y su compañero en el suelo, al aire libre, se dedicaron a preparar la red.*



*Finalmente, había que salir a vender el pescado.*



— Ya “sabés” que cuando sopla este viento, no queda por aquí ni un bagrecito...

con esto y algunas “cañitas”, que bebían en el almacén, “iban tirando”, como decían ellos, hasta que la necesidad los obligaba a trabajar.

Confieso que al principio el tal Perico me pareció holgazán. Luego, me dió vergüenza de haberlo juzgado en tal forma, pues veía que apenas descansaba lo necesario. Por último, comprobé que casi siempre había inconvenientes para la pesca...

En unas ocasiones, Perico se mostraba decidido; pero Tomás decía:

—Ya “sabés” que cuando sopla este viento, no queda por aquí ni un bagrecito...

Y cuando Tomás se empeñaba en ir a pescar, decía Perico:

—Es inútil. ¡Con esa carnada, no sacaremos ni uno!

Otras veces era el excesivo frío, o la fuerte marejada, o que el bote hacía agua, o que la red estaba sin componer, o el reumatismo de Perico, o la tos de Tomás...

De manera que me volví a mi primera opinión: el tal Perico era bastante haragán y su compañero no le iba en zaga.

no hallaban a nadie que se interesara por la mercancía.

Pero debo decir, en honor a la verdad, que no todas las noches, ni siquiera una vez todas las semanas echaban la red. Por consiguiente, Tomás y Perico pasaban la mayor parte de los días sin otra ocupación que la de observar el cielo y el estuario. La más pequeña nube, una débil marejada, la presencia o ausencia de gaviotas en las inmediaciones, la aparición de algún aficionado a la pesca, eran motivos más que suficientes para sus conversaciones.

Naturalmente que no siempre comían cuanto deseaban; pero la yerba para el mate y el tabaco no les faltaban nunca, y

## La señora caritativa

**V**OLVIAMOS un mediodía con Perico, que había salido de paseo y que desde el día anterior no tomaba más que mate, cuando una señora anciana lo llamó desde la puerta de su casa.

—¿Cómo es su nombre? — le preguntó.

—Perico.

—Bien. ¿Y en qué trabaja usted?

—Soy pescador, señora.

—¿Y dónde pesca usted con este frío tan terrible?

—En Rivadavia, señora. Pero el bote, que es de mi compañero Tomás, está tan viejo que tenemos miedo de salir con estos temporales.

—Bien — dijo la buena señora. — ¿Quiere comer?

Perico no se hizo repetir tan gentil invitación. Entra, se instala en la cocina, come, se refocila, se golpea la barriga llena y se queda adormecido con el calorcito del fogón.



—Bien — dijo la buena señora. — ¿Quiere comer?

—¡Pobre hombre!— exclama la anciana.— Seguramente que hoy no había comido nada...

—Ni hoy, ni ayer... Cuando ustedes compran pescado, no deberían discutir el precio; sobre todo, ahora, en invierno...

Al otro día, cuando vino Tomás, Perico le dijo:

—Lo que es hoy, che, ni me "hablés" de echar la red...

—¡Y quién te va a hablar de eso?— le respondió el compañero.— ¡No ves que la vi-razón está del sur y que los zamaragullones ni se acercan?



*Entra, se instala en la cocina, come...*

Hacia el mediodía, Perico sale en dirección a la casita de la anciana. La puerta está cerrada. Perico espera en la esquina durante un rato. Por fin, se atreve a tocar el timbre.

—¡Ah!... ¿Es usted, Perico?— exclama la señora.— ¡Qué desea?

Perico sonríe agradecido con el recuerdo de la bu-

ena mesa; pero no se atreve a pedir nada. Sonríe y mira humildemente a la señora.

—Bien — dice ella. — ¡Entre!... También hoy sobró comida.

Perico entra, se instala, come, se golpea el vientre, se refocila, tose, escupe y se queda meditando si no le convendría mudarse del todo allí, encargándose, por ejemplo, de los mandaços y de cuidar el gallinero.

Pero prefiere no proponer nada. Pocos días después vendió los aparejos de pescar, ya que no los necesitaba, existiendo en el mundo una señora tan caritativa.



*Hacia el mediodía, Perico sale en dirección a la casita...*

Durante la mañana y la tarde, paseaba por los alrededores y visitaba las tabernas, realizando algún mandado para pagarse la copita de caña; al mediodía se presentaba a comer; al rancho iba únicamente a la hora de acostarse.

Tomás le preguntó un día:

—Che, “ministro”, ¿por qué no me “convitás” alguna vez para comer en lo de la vieja?

—Porque estoy seguro que no le gustaría.

—“Mirá”: vamos a probar. Yo le llevo de regalo unos pescados... la primera vez... ¿“com-



... al rancho iba únicamente a la hora de acostarse.



Tomás, desconfiado de que...

prendés”?... Le decimos que recién salí del hospital... que me sacaron un riñón y dos costillas...

—No, che; es demasiado dos clientes.

Después de prolongada deliberación, Perico consintió en llevar a Tomás, por una sola vez, para que disfrutara de un verdadero banquete.

—Se me hace agua la boca —decía Tomás mientras caminaban.— Se conoce que la vieja te trata “a cuerpo de rey”. Te has puesto gordo, panzón y lustroso...

Al llegar a la casita, encontraron cerrada la puerta.

—Vamos hasta la esquina —dijo Perico— y esperamos un poco.

Tomás, desconfiado de que fuera verdad lo de los banquetes, preguntó:

—¿No serán historias tuyas?...

—Te aseguro que no —contestó Perico.— Ahora lo verás.



—¡Ajá! — exclamó el hombre. — ¿Conque usted es el atorrante ese que venía...

cadadores... Precisamente a uno de oficio parecido lo dejó anoche mi madre dormir en nuestra casa... y ha desaparecido en la madrugada robándonos cuanto pudo.

—¡Usted confunde, señor! — dijo Perico.

—¡Parece increíble — agregó Tomás — que aguantemos un insulto semejante!

—No es necesario que aguanten nada — siguió diciendo el mozo. — Basta con que se vayan y que no se acerquen nunca más por aquí... ¡porque daré cuenta a la policía!... ¡Si quieren comer, trabajen!

Y al terminar de decir esto, cerró la puerta de golpe, y los dos amigos se quedaron en la acera mirándose en el colmo de la ira y del desaliento.

Se aproximaron de nuevo a la puerta y Perico tocó el timbre.

Esta vez no sale la bondadosa anciana. Sale un hombre joven, alto, huesudo, de mirar severo, que con voz agria dice:

—¿Qué quieren ustedes?

—Veníamos — repuso Perico — porque, ¿sabe?, la señora... este... yo soy Perico... y...

—¡Ajá! — exclamó el hombre. — ¡Conque usted es el atorrante ese que venía a comer?... ¡Y ahora se atreve a venir con el compañero!...

—¡Permítame! — dijo Perico. — No soy ningún atorrante... Y en cuanto al compañero, es pescador y traía de regalo este pescado para la señora.

—Sí, ya conozco yo a estos pes-



Y dándole la espalda, se alejó...



*Perico me vió caer y sin dignarse, por ventura, recogerme, dijo:*

Perico me vió caer y sin dignarse, por ventura, recogerme, dijo:  
—¡Te creerías, piojo, que me iba a tomar el trabajo de coserte!...  
Pues te engañaste, porque no te necesito para nada.

Para aquel indigno holgazán, ya no había más que piojos en el mundo; todo se le volvían piojos y mugre. Sólo así pudo dirigirme tan espantoso insulto y menospreciarme abandonándome como a una cosa inservible.

Uno de los detalles que mejor evidencian la caída de un hombre es la falta de botones. Cuando nosotros empezamos a faltar, puede tenerse la seguridad de que todo anda mal y que la persona va barranca abajo.

Al cabo de un rato de silencio, dijo Perico:

—“Vos tenés” la culpa de todo...  
“Vos” me has traído la “yetta”...  
Lo que es de mí, “despedite”...

Y dándole la espalda, se alejó, mientras Tomás le gritaba:

—¡No necesito de un desgraciado como “vos” para vivir!... ¡Vine a ver si era verdad lo que contabas!... ¡Debía darte vergüenza aprovecharte de una pobre vieja!

✽

Perico, poco a poco, abandonó su rancho. Verdad es que, con su dejadez, allí llovía lo mismo que en mitad de la calzada.

Se acostumbró a dormir en las aceras y a mendigar el alimento. En unas latas vacías recogía las sobras de comida que le daban. En una bolsa llevaba diarios, trapos y arpilleras que le servían de cama.

Pero alguien se encargó de librarme de aquella vida oprobiosa.

Un hada bienhechora se compadeció de mí y me separó del mundo chaleco.



## A un paso de ser carrero

**POCOS** momentos después, un barrendero municipal me barría con un montón de hojas secas y me arrojaba con la pala en su carrito.

¿Imaginaría alguien que iba Botón Tolón en aquel carrito tirado por dos mulitas blancas?

¿Podían suponer los transeúntes que entre aquella carga de hojas secas viajaba el famoso Botón Tolón que conocía los inventos del señor Hollín y la historia de la cabeza hinchada del señor Firulete?...

Cuando el carrito entró en el Parque 3 de Febrero mi alegría fué verdaderamente inmensa. Pasamos junto al Lago del Golf e internándonos entre los árboles llegamos a un sitio donde existía una profunda fosa.

El barrendero se bajó, sacó unos fierros, empujó el carrito para que tomara la posición vertical y ¡patapum!... la carga se vino al suelo.

Todas las hojas secas cayeron en el foso... Unicamente yo me quedé en el carrito, agarrado en una hendidura de las tablas.

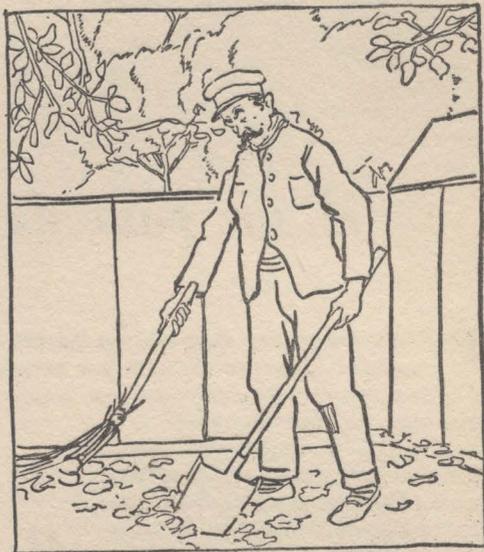


*...un barrendero municipal me barría con un montón de hojas secas y me arrojaba con la pala...*

No cabía la menor duda de que el Hada Bienhechora me protegía.

Comprendí que su deseo era que abandonara sacos y chalecos y que trabajase como carrero municipal. No me disgustaba el oficio. Las mulitas eran lindas. Nada me parecía mejor que pasear al aire libre por las calles de Belgrano, visitar continuamente el Parque y dormir la siesta debajo de los árboles.

Un botón carrero ha de ser una cosa interesante. Pensé que me llegaba la oportunidad de aprovechar como es debido mis cuatro ojos, ya que la buena vista es lo esencial para evitar los peligros del tráfico. Pasear todo el día y mirar lo que sucede por las calles, me parecía mucho más divertido que vivir amarrado a un saco o a un chaleco. Además, cabía en lo posible que, al descubrir algún sitio verdaderamente lindo y agradable, me dejara caer por la hendidura, haciendo, una vez siquiera, lo que me diese la real gana.



...y agarrando la escoba se puso a barrer el piso.

Pero, ¿qué creerán ustedes que se le ocurrió al tonto del barrendero?...

En lugar de irse en seguida, les sacó el freno a las mulitas para que comieran pasto y agarrando la escoba se puso a barrer el piso del carrito.

De un escobazo, me sacó del escondite, y con otro, me lanzó entre el pasto.

¡Y allí me quedé, solo y desamparado, mientras el carrito se alejaba al trote!...



## La vida en el Parque

EN el primer momento, tuve la duda de si el barrendero no me habría puesto allí para que comiera pasto, como a las mulitas.

Crecían, en efecto, a mi alrededor frescos y olorosos pastitos verdes que embelesaban los ojos y el olfato.

¿Han notado que he dicho que “crecían” pastitos, y no solamente que había allí pastitos?

Para comprender en toda su importancia esta diferencia, es necesario haber vivido como yo debajo de una matita de pasto. Esta matita crecía sin cesar, en pasmosa actividad, lo mismo que el más inmenso de los árboles; lo mismo que el imponente y esbelto árbol próximo al sitio donde yo me encontraba que se erguía majestuoso.

Los vegetales mientras viven crecen, en renovación constante.

Aquella matita de pasto que me brindó su amparo era como una fábrica en continua actividad. Multitud de raicillas hundidas en la tierra buscan ávidamente agua y otras sustancias indispensables que ascienden continua-



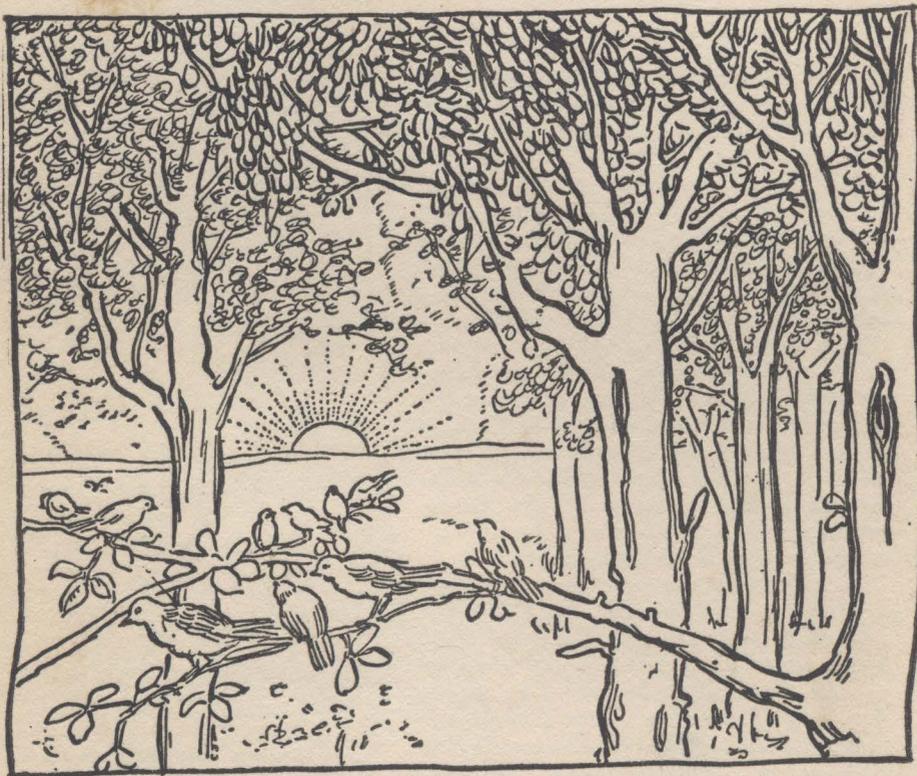
... es necesario haber vivido como yo debajo de una matita de pasto.

mente por los tallos y las hojas transformándose en tejidos y en color.

Con la llegada de la primavera, la matita floreció como el más perfecto de los árboles frutales. Sus florecillas, hermosas y fragantes, se convirtieron luego en jugosas semillitas, que los gorriones comían con avidez.

Pude observar también una cosa notable: todos los pastos son verdes; pero cada variedad se tiñe de un verde diferente para distinguirse de las otras. Esta gradación del verde más oscuro al más claro es uno de los encantos de la vegetación. Al principio, uno no lo nota; pero después se observa que cada verde es un color diferente.

Para mí, sobre todo, venido de Europa y que no había salido nunca al campo, aquella vida estaba llena de atractivos y sorpresas. Me hacía la ilusión de hallarme en plena pampa, a la sombra de un ombú majestuoso.



*Un momento después, todos los otros pájaros saludan alborozados al nuevo día.*

Suponía que las hormigas eran el ganado y los pájaros los gauchos.

Aquello era una estancia en la que, al aclarar, todo entra en movimiento.

El primer anuncio de que el sol se aproxima al horizonte lo dan los millares de gorriones que duermen en los árboles inmediatos: todos juntos estallan en ruidosos gritos de alegría. Un momento después, todos los otros pájaros saludan alborozados al nuevo día. Es la oración de los seres alados. Es la plegaria al cielo por haber escapado a los peligros de la noche.

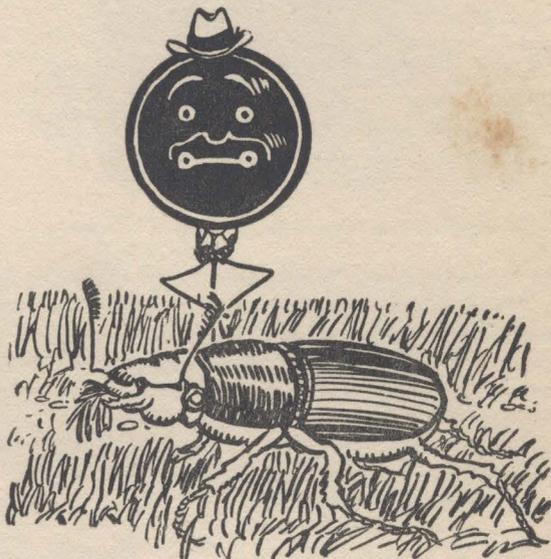
En el cielo, que era todo uniformemente obscuro, se define el Oriente, formándose como una gran portada con magníficos tapices de colores: por allí entra el Astro-rey; allí asoma el Sol su faz radiante. Huyen ante su vista las tinieblas y todo recobra su forma y su color, como si cada cosa fuera saliendo otra vez de la nada. Cada noche las cosas y los seres se morían y una tristeza enorme me embargaba.

En cuanto asoma el Sol su faz radiante, seres y cosas nacen otra vez. Nacen para vivir una jornada. Al volver las tinieblas, se lo tragaban todo nuevamente, como se traga la tierra a lo que muere.

Sólo quien observa el mundo al amparo de una mata de pasto aprecia las incalculables maravillas, los increíbles prodigios, las estupendas escenas que se brindan en cada palmo de la tierra.

Yo no había mirado nunca tan de cerca a los insectos. Suponía que eran pocos y casi todos iguales. Y, sin embargo, ¡cuántos son y qué diferentes! Contemplándolos desde el suelo, tienen igual o mayor importancia que los caballos y las vacas.

¡Qué riqueza de forma y de colores prodiga la naturaleza en los pequeños seres! ¡De qué potentísimas energías se hallan dotados! ¡Con qué ahinco y paciencia se entrega cada cual a su trabajo, realizándolo



*Yo miraba, por ejemplo, a un coleóptero que dos veces al día pasaba junto a mí, como si fuese...*



*En seguida lo arrastra hasta la cueva y lo devora.*

de la naturaleza, la armonía de la creación, la sabiduría de Dios.

No me bastaban, por cierto, los cuatro ojos; cuatrocientos hubiera necesitado para contemplar en su magnífica variedad y en sus sorprendentes detalles el espectáculo de la vida humildísima de los pequeños seres, tan ordenados, tan activos y tan admirables en la sumisión a las leyes de la vida.

Yo miraba, por ejemplo, a un coleóptero que dos veces al día pasaba junto a mí, como si fuese un verdadero toro.

Avanzaba con el mismo andar, rozando de trecho en trecho el pasto con la boca, dando pequeños mugidos, con los cuernos en alto.

Pero nada de cuanto vi me encantó y me entretuvo como una araña negra, peluda, que vive a unas diez agujas del sitio que yo ocupaba. Su casa es una cuevita, sin ninguna diferencia, aparte del tamaño, con la guarida de un león.



*...los lleva sobre su cuerpo, que es, a este efecto...*

Allí duerme y se guarece de las lluvias; allí la encontrarán ustedes si desean ir a verla.

Esta araña es feroz y sanguinaria como un león. En cuanto tiene hambre sale y acecha el paso de algún animalito; al aproximársele, salta sobre él y lo mata de una puñalada en la nuca. En seguida lo arrastra hasta la cueva y lo devora.

Extiende la tela que fabrica sobre su guarida; no pocas moscas incautas quedan presas en sus hilos; apenas siente sus movimientos, aparece, la mata y se la lleva.

A los botones no nos hace ningún daño.

Es notable en esta araña la manera cómo cría a sus hijos. No sé si eran cien; pero eran, con seguridad, más de cincuenta. A todos ellos los lleva sobre su cuerpo, que es, a este efecto, ligeramente cóncavo.

Cada arañita tiene atado un hilo, cuyo extremo está amarrado sobre el cuerpo de la madre. Sale la araña y las arañitas se desparraman por el pasto o por el tronco de algún árbol. Corren, saltan,



*Ante el menor peligro, las arañitas se sirven del finísimo hilo como de una escalera para regresar rápidamente a su escondite.*

juegan como verdaderos niños, y atrapan los diminutos bichitos que los alimentan al par que otros manjares que les ofrece la madre.

Ante el menor peligro, las arañitas se sirven del finísimo hilo como de una escalera para regresar rápidamente a su escondite. También obedecen, con igual presteza, al llamado maternal: en cuanto ella se sacude de cierto modo, todas corren a su sitio.

Una vez que se acomodan y se apeñuscan sobre el cuerpo materno, permanecen inmóviles y es casi imposible distinguir, a simple vista, aquel enjambre de arañitas, tan hermosas y tan ágiles.

Si las arañitas se alejaron en diversas direcciones, distraídas en sus cacerías y en sus juegos, ¿cómo podrían volver a reunirse con la ma-

dre! Ello sería imposible. Son demasiado pequeñas y perecerían, en su mayor parte, extraviadas en el bosque, víctimas de la lluvia o de otros animales. Necesitan, todavía, del amparo maternal; y he ahí cómo la naturaleza les asegura el retorno salvador, sin privarles de ejercitarse en la caza y de moverse con la conveniente libertad. (1)

(1) En los dibujos aparece la araña aumentada de tamaño para que sean visibles los detalles de que se habla en el relato.



## Los bandidos nocturnos

A la hora del crepúsculo me acometía la tristeza. Paulatinamente cesan los ruidos y los movimientos. Entre los árboles avanzan las sombras como largos fantasmas; se esconden detrás de los troncos, suben a las ramas, se acuestan en diferentes sitios sobre el pasto, y poco a poco se posesionan del bosque.

El último saludo al Sol, como el primero en la aurora, es el de los pájaros.

A medida que el gran astro cae en el horizonte, los pájaros ascienden hasta las más altas copas de los árboles... Cuando ya va a desaparecer, suben hasta las nubes, lo más alto que pueden, para recibir su último rayo de luz y lo despiden cantándole su gratitud y la esperanza de que volverá.

Entonces el silencio se hace cada vez más hondo. La vida parece que se extingue completamente en el bosque, como en un corazón que cesa de latir.



*Entre los árboles avanzan las sombras...*

Pero ¡ay!... la noche no es la quietud, no es la paz, no es el reposo.

Aparecen otras sombras más siniestras, que caminan, saltan y vuelan en las tinieblas.

Son los bandidos nocturnos. Los que hacen en el bosque el papel que los ladrones y asesinos en la ciudad.

Son algo tan espantoso y repugnante que, al llegar cada noche, deseaba hundirme bajo tierra para no horrorizarme con sus crímenes.

Se oye, primero, los espeluznantes chirridos de las aves de rapiña. En seguida vuelan por todas partes los

murciélagos hambrientos, que devoran a los mosquitos y otros pequeños insectos que encuentran en el aire. Parece mentira que vean estos bichitos y los atrapen con tanta seguridad. En un momento se comen centenares de ellos.

Luego pasan las ratas y las comadrejas. De rato en rato, fosforescen en las tinieblas los fantásticos ojos de los gatos.

La mayor parte de las víctimas muere en silencio, y en silencio son devoradas; pero rara es la noche en que no se oyen gritos de espanto, lamentos y quejidos. Es que una rata, al inspeccionar los árboles, ha descubierto un nido y devora sin piedad a los pajaritos, obligando a la madre a abandonarlos... O es que una comadreja, o algún gato, encuentran otro nido, quizás de palomitas de la virgen, o algún animalito que se durmió en un sitio peligroso.

No se ve nada; apenas se oyen lastimeros clamores, que cesan bruscamente; pero se adivinan las tragedias, se adivinan los espantosos crímenes de los bandidos hambrientos que mudos e invisibles, sin permitir ninguna forma de defensa, hieren y despedazan y devoran, como si fuesen las garras y los dientes de la sombra.

Este mundo nocturno es desconocido para la gente. La persona que quiera observarlo tiene que quedarse a pasar la noche en el Parque. Para esto es preciso ser valiente. Confieso que tardé en acostumbrarme



*Aparecen otras sombras más siniestras...*

y que al principio mi susto era tan grande que prefería morirme cuanto antes, seguro de que no escaparía de los asesinos.

Los únicos que no peligran en la obscuridad son los vegetales; pero la mayoría de los animales se halla expuesta a perecer trágicamente.

Hasta los ratoncillos, que parecen tan incapaces de cometer fechorías, aprovechan las sombras para convertirse en horribles y repugnantes asesinos. Realizan grandes excursiones y se permiten el lujo de subir a los más altos árboles, revisando prolijamente sus ramas. Cuando encuentran un nido de pájaros pequeños se comen los huevitos o los pichones.

Menos mal que con frecuencia se topan con algún gato, de los muchos que viven escondidos en el Parque. El gato se encarga entonces de hacer justicia, a menos que el ratoncillo pueda meterse en su cueva. Pero este recurso no resulta siempre eficaz, como voy a demostrarlo.

Muy cerca de mi residencia había quedado en el suelo el tronco de un viejo árbol muerto, y debajo de este tronco tenía su casa una familia ratonil, formada por padre, madre y varios pequeñuelos.

Una noche salió el padre con muy malos propósitos y dispuesto a recorrer el bosque hasta que fuera de día; pero no tardó mucho en regresar a la disparada y meterse en la cueva. ¿Qué había pasado? Que un enorme gato negro casi lo devora. Cualquiera se supondrá el julepe de la familia. Pero lo peor no fué la corrida, sino que el gato se pasó la noche entera de guardia ante la casa, dispuesto a no permitir la salida de nadie. Aquello era el sitio por hambre. A la noche siguiente, volvió el terrible gato y se mantuvo en permanente vigilancia. Apenas los ratoncitos asomaban el hocico, sentían el espantoso olor del enemigo y se ocultaban temblando.



*De rato en rato, fosforecen en las tinieblas los fantásticos ojos de los gatos.*

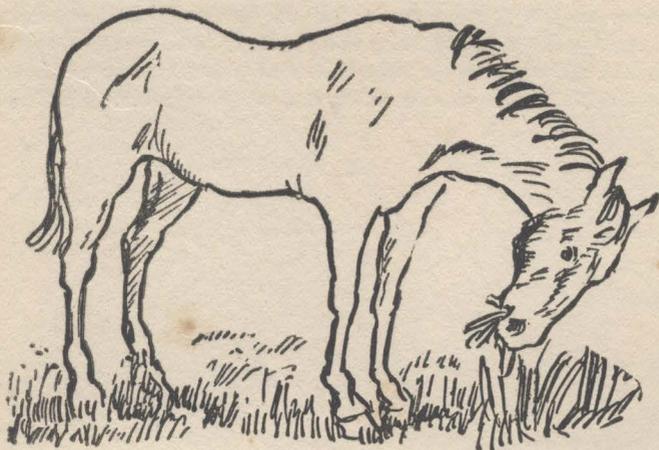
Sufría la familia entera las mayores necesidades y parece que no quedaba más recurso que perecer de hambre o en las garras del implacable felino. Pero creyeron encontrar la salvación en buscarse la vida durante el día y permanecer todos quietecitos en casa apenas oscurecía. Sin embargo, este sistema de vivir es lo más peligroso que pueda ocurrírsele a un ratón, como lo prueba la experiencia y como se verá más adelante por lo que le sucedió a esta familia.



## El Arbol que habla

AQUEL árbol que dije que crecía cerca de mi refugio era de tronco fornido y perfecto, sin una herida, sin una cicatriz. Cada una de sus ramas vigorosas parecía otro árbol. Sus hojas eran limpias y brillantes como si alguien les quitara el polvo por una en cuanto pasaba un tiempo sin llover.

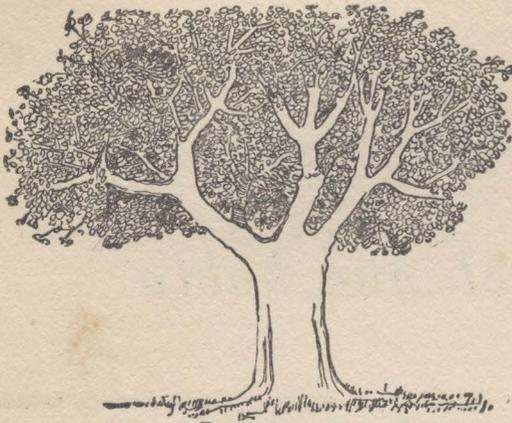
—Ese es — me dijo mi matita de pasto — “El Arbol que habla”. A él



no lo pisan, no lo cortan, no lo maltratan... ¡Pobre de mí, que apenas levanto un palmo de la tierra me devora algún caballo o me corta la hoja de la guadaña, más filosa que navaja de afeitar... sin que nadie pueda escucharle una palabra!..

Confieso que al oírlo me quedé embe-

— ¡Pobre de mí, que apenas levanto un palmo de la tierra...!



¡Conque aquel árbol hablaba!...

tán los cuatro pegados a mis raíces... ¿Verdad que yo también hablo y sé hablar y que me entiendes?... Pues ya ves: nadie en el mundo me escucha; nadie sabe que hablo... Así sucede con todos los seres llamados mudos y con todas las cosas... ¡Sí! Sucede, amigo mío, que todos hablan; y como no los oyen o no entienden lo que dicen, suponen que son mudos... ¿No oíste cómo rezongaba el carro que pasó hace un momento por aquí?... ¿Puedes creer que esas dos palomas que se arrullan no se dicen nada?... ¿No comprendes que algo significan los ásperos gritos de aquellas tijeras que cortan la madre-selva?...

Hablar es fácil; comprender es difícil.

Cuando no se comprende es como si no se hablara. Nuestro vecino tiene la fe-



— ¿No oíste cómo rezongaba el carro que pasó hace un momento por aquí?



*Desde chiquito tuvo la particularidad de hacerse escuchar...*

Desde chiquito tuvo la particularidad de hacerse escuchar y comprender por cuantos seres se le aproximaban.

Apenas se levantaba una cuarta del suelo, debió morir aplastado por un caballo; pero el tierno arbolito habló por primera vez para decir:

—¡Cuidado! ¡Aquí estoy yo!

El caballo, sin dejar de comer, encogió la terrible pata, y el arbolito se salvó de una muerte segura.

¿Supones que en parecidas circunstancias no digo yo lo mismo?... ¡Claro que sí!... Pero es como si se lo dijera a una pared.

Siguió creciendo. Un día se presentó un ejército de hormigas dispuestas al asalto y pillaje. Cuando la vanguardia de exploradoras ascendía por el tallo, díjoles:

—¡Alto!... Mi vida es sagrada. Yo soy el Rey del Bosque... Buscaos provisiones en otras partes y dejadme en paz.

¿Quieres creer que las hormigas lo oyeron y se retiraron?

En el verano siguiente la sequía fué tan intensa que mi salud se resintió seriamente y me iba poniendo cada vez más pálido. Pasa un jardinero, y el árbol suplica:



*Pasa un jardinero, y el árbol suplica...*

—¡Ay! ¡Si alguien removiera la tierra alrededor de mi tronco!... ¡Si alguien se compadeciese de mí y me diera de beber, puesto que me muero de sed!...

No solamente le labra la tierra, sino que forma un pozo junto al tronco y lo llena de agua fresca y deliciosa tantas veces como el árbol se lo pide, hasta que aplaca su sed.

¡Y lo que pasó con los horneros!... ¡Has oído hablar de las orugas procesionarias!... ¡Pocas calamidades como ellas!...



Avanzan por el tronco de una en fondo, en correcta formación, tocando la cabeza de cada una la cola de la otra... Cuando la que va adelante se detiene, todas las orugas hacen lo mismo. Si la que sirve de guía tuerce hacia la derecha, toda la línea tuerce en esa dirección... Si retrocede, todas retroceden... Es como una cinta interminable que ondula, como una finísima serpiente que sube por el tronco... Cuando llegan a los más tiernos brotes, comienzan a destrozarlos y a devorarlos.

Un hornero se posa en la más alta de sus ramas y el árbol le dice:

—¡Amigo!... ¡Observa mis ramas!... ¡Fíjate en el peligro que me amenaza!...

*...pasó un hombre con un hacha y se detuvo a su lado.*

El hornero desciende saltando de rama en rama, descubre a las procesionarias, llama a gritos a la compañera, y entre ambos, sin perder un segundo, comienzan a tragarse a las orugas... Sus gritos atraen a otros horneros, a un sabiá recién fugado de la cárcel, a varios benteveos. A los pocos minutos no queda una sola oruga.

En el invierno siguiente, cuando yo no tenía casi más que las raíces, pasó un hombre con un hacha y se detuvo a su lado.



*El feroz hombre del hacha también accede a este ruego, y le quita el alambre.*

Tres golpes habrían bastado para abrirle una herida profunda; unos cuantos golpes más, lo hubieran derribado. Arbol que cae perece. Sus raíces también se secan. Por esto es que los árboles le tienen un miedo espantoso al hacha. Nosotros, los pastitos, siendo mucho más débiles en apariencia, resistimos mejor estas tremendas desgracias. Pueden cortarnos todo cuanto sobresale de la tierra y poco tiempo después nos levantamos, verdes y lozanos, como si no hubiera sucedido nada. Ni el hacha ni la hoz nos pueden quitar la vida.

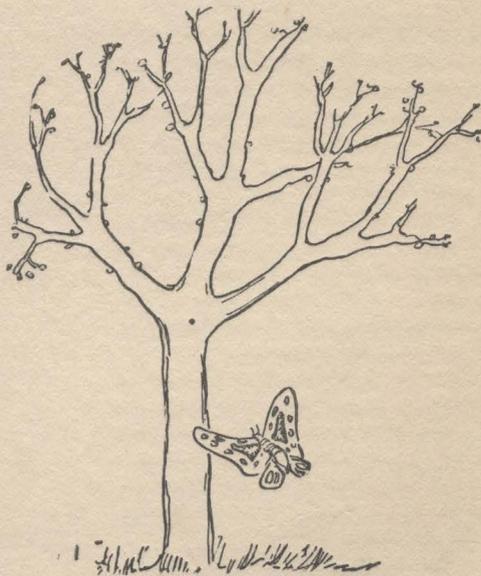
Venía, pues, como te digo, el hombre del hacha, y el ár-

bol se puso a temblar porque creyó que había llegado su última hora. Pero su recurso de siempre lo salvó.

—¡Cuidado conmigo!—gritó.—¡Soy de los más antiguos, más sanos y más hermosos árboles del Parque!... No tengo una sola rama seca... Mi tronco es una maravilla de vigor y de rectitud.

Yo no puedo asegurar si el hombre pensaba o no cortarlo; pero lo cierto es que volvió a salvarse de la muerte. Cuando el hombre reanudaba su camino, osó rogarle:

—Ya que, aunque llevas el hacha, eres tan bueno, ¿podrías quitarme el alambre que me aseguraba al tutor?



*La mariposa, que tenía, en efecto...*



*Y continuaron apaciblemente su camino...*

cito de la corteza y por cada pedacito que falta queda un agujero. Por este agujero penetran las aguas y el tronco queda, al fin, carcomido y hueco, corriendo el árbol peligro de morir.

Allí andaba, pues, revoloteando apresuradamente la mariposa y ya estaba—según creo— decidida a depositar sus huevos, cuando el árbol le habló en esta forma:

—Es inútil— le dijo— que pongas en mí tus huevos, porque pediré que me limpien con el fumigador y tus larvitas perecerán. No pierdas tiempo, que tu vida es breve; busca un sitio mejor.

La mariposa, que tenía, en efecto, los minutos contados,

El tal alambre rodeaba, es verdad, su tronco, y cuando éste aumentara su grosor, sin duda que penetraría en la carne formando un tajo cada vez más hondo. El feroz hombre del hacha también accede a este ruego y le quita el alambre.

Algunos meses después se posó en él una gran mariposa en busca de una hendidura o de algún agujerito para depositar sus huevecillos.

Esto de los huevecillos parecía nada y es una cosa muy seria, porque los tales huevecillos se convierten en larvitas y las larvitas nacen con tanta hambre que se comen cuanto encuentran. Cada una de ellas devora un peda-



*... desistieron de hacer allí el columpio...*



*Y todas sus hojitas se cubrieron de lágrimas, conmoviéndome a mí también, hasta el llanto.*

—¡Linda idea! ¿Te agradaría que en tu piel se hiciera algo semejante?...

—Vamos, Alfredo — dijo la jovencita; — es una pena herir un árbol tan bello.

Y continuaron apaciblemente su camino, sin causarle ningún daño.

Vinieron después unos muchachitos con una cuerda. Trepóse uno de ellos por el tronco y empezó a atar un extremo de la cuerda en aquella rama que mira hacia el Oriente... ¿Sabes lo que proyectaban?... Un columpio... Por cierto, que el asunto era muy serio. Si se columpiaban dos o tres juntos con alguna fuerza, la rama corría peligro y el desgarrón ocasionaría en el tronco una tremenda herida: por esta herida penetrarían las aguas y el tronco se iría pudriendo poco a poco.

—¡Amigos! — les gritó. — ¿Qué estáis haciendo?... Ahora mismo voy a llamar a aquel guardián que anda por allá. ¡El os pedirá cuenta del enorme daño que pretendéis causarme!...

Si he de decir la pura verdad, yo no escuché exactamente lo que

les dijo; pero me lo imagino, pues los muchachitos desistieron de hacer allí el columpio y se fueron.

—Está muy bien — agregó la matita, después de un rato de silencio — que hable ese gigante capaz de beber el agua de las nubes... Sería una gran cosa que todos los árboles hablaran. La gente y los demás seres aprenderían a respetarlos y cuidarlos... Por lo que de éste has oído, supondrás fácilmente lo que dice cada árbol, cada planta, cada matita de pasto...

Yo tendría mucho que decir si me escucharan. Por ejemplo, cuando viene algún caballo con ganas de comerme le diría:

—Cómete los árboles que son grandes y tienen raíces enormes. No te aproveches de mí porque no ofrezco resistencia a tus poderosos dientes. Si eres valiente, ataca a los fuertes y respeta a los débiles.

Y cuando se aproxima el hombre de la hoz le diría:

—Me cortas porque soy chico, pero, ¿cómo voy a crecer si no me das el tiempo necesario? Apenas comienzo a desarrollar mis ramas y mis hojas, me las quitas. Haz la prueba de esperar hasta que yo te avise y verás cómo crezco y me convierto en una planta grandota.

Calló otro momento. Suspiró, y dijo:

—Ya ves que es fácil hablar... Pero — agregó, en otro suspiro — ¿de qué vale hablar cuando nadie nos comprende?...

Y todas sus hojitas se cubrieron de lágrimas, conmoviéndome a mí también, hasta el llanto.



## Los gargantúas del bosque

CUANDO uno se muda a un barrio nuevo tarda cierto tiempo en saber a quiénes se tiene por vecinos. Es lo que me pasó después que me instalé debajo de la matita.

Aquella inmensidad verde y confusa, que al principio me parecía una sola cosa, como si la mirara desde un aeroplano, iba poco a poco convirtiéndose en seres diferentes, que yo distinguía con facilidad.

Antes no veía más que mi matita de pasto: ahora reconocía con facilidad las otras matitas y notaba que no había dos iguales.

Antes todos eran para mí árboles, pájaros o insectos: ahora distinguía muy bien cada árbol, cada pájaro y cada insecto.

Día a día entablaba nuevas relaciones.

Entre los nuevos amigos figuraba un gorrión con un ala rota. Cuando por primera vez se me



...ahora reconocía con facilidad las otras matitas y notaba que no había dos iguales.

aproximó, creí que quería comerme. Pronto me convencí de que era una buena persona, perseguida, eso sí, por la desgracia.

Me contó que después de bañarse con su compañero en la deliciosa lluvia con que riegan la gramilla, ella prefirió quedarse otro ratito en el agua, porque le picaba la cabeza, mientras él se posó al sol en un eucaliptus, aguardándola. Pasaron en ese momento dos muchachos.

Sacó, rápidamente, uno de ellos una honda del bolsillo y, sin darle tiempo para huir, la hirió en el ala.



*Sacó, rápidamente, uno de ellos una honda del bolsillo y...*

¿Por qué?...  
¿Qué mal le  
había hecho?...  
¡Cosas inex-  
plicables de la  
vida!

Confío, al principio en que el huesito roto se curaría; pero ya estaba convencido de que el mal era incurable.

Nacido para volar, fué condenado por aquel desconocido a vivir siempre en el suelo, sin poseer jamás nido.

Terribles y continuos peligros lo amenazan y su única defensa

es echarse en el suelo, y permanecer inmóvil. Si el enemigo lo descubre, está perdido. Hablando un día con este gorrión, elogió a los benteveos por su actividad y por sus gritos que me parecían tan alegres y agradables.

—Date por muy dichoso—me dijo—de que no te hayan visto... ¡Si “un botón basta para muestra”, según dicen, adivino por la tuya la inteligencia de los demás botones!

—No me provoques— le contesté enojado.—Eres un inválido. Tú mismo has dicho que tu única defensa es ocultarte.



—Voy a demostrarte — prosiguió el gorrion, contento al oírme hablar así y echándose en el pastito...

tento al cirme hablar así y echándose en el pastito — que tus elogios fueron hechos “al divino botón”.

—¡Deja en paz a los botones — le advertí malhumorado — si deseas continuar siendo mi amigo!

—¡Vamos, Botón Tolón! — exclamó con dulzura. — ¡No comprendes que si vengo a estar contigo es porque te aprecio?... Y si te aprecio, ¡por qué habría de ofenderte?... No hay cosas mal dichas, sino mal comprendidas. ¡Más me has ofendido tú al alabar a esa canalla!

—¡Canalla, che? — le pregunté sorprendido. — Me parece que exageras.

—¡Cómo se nota que eres nuevo en el barrio y que todavía no has hecho nido!... ¡Ya me contarás después!...

—¡Qué?... ¡Habla claro! ¡No me asustes en balde! — le supliqué temblando.

—Cuando hagas nido y nazcan los pichoncitos...

—¡Pichoncitos?...

—Sí. Cuando pongas huevos y el benteveo descubra a tus pichoncitos... ¡dalos por muertos y tragados! Allá, detrás de la madreSelva, el año pasado, hicieron nido dos chingolos.



Allá, detrás de la madreSelva, el año pasado, hicieron nido dos chingolos.

Ya sabes que con los chingolos yo no me trato. Para decir la verdad, les tengo rabia. Son entrometidos, envidiosos

y angurrientos. Con ese copete y ese cantito de mala muerte se dan demasiado tono y nos miran como a chusma...

—¡No hay que exagerar, amigo gorrión!

—No, si es la pura verdad. Chingolo que se me acerca, chingolo que “se liga” un picotazo... digo, cuando volaba... que ahora...

—¡Bah! — le dije al notar que se quedaba triste. — Hicieron el nido detrás de la madre selva, y...



*Los miró con esos ojos de asesino. Contó: uno, dos, tres... Y al decir tres... ¡el nido estaba vacío!*

cubierto de pelos erizados en la raíz...

—¡Che!... ¡Cómo sabes que yo soy tan duro, sin golpearme con el pico?

—Eso lo sabe uno por experiencia.

A simple vista conocemos lo que se puede tragar y lo que no conviene que entre en el buche.

El pico del benteveo es largo, negro y tiene en la punta un gancho con el cual traspasa el cuerpo de las víctimas con puñalada mortal.

—...y cuando nacieron los hijitos, se presentó un benteveo... Los miró con esos ojos de asesino. Contó: uno, dos, tres... Y al decir tres... ¡el nido estaba vacío!

—No comprendo.

—¡Se los tragó como si fueran tres granitos de alpiste pelado!..

—¡Qué atrocidad!

—¿No te has fijado en la cara?..

Ese pico tan duro como tú,

Todo el cuerpo, por debajo, es amarillo; todo él, mirado desde arriba, es de color marrón: gracias a esta doble apariencia es confundido a cada momento con pájaros de buenas costumbres.

Pero la cara no engaña: es la cara de un verdadero criminal.

A la altura de los ojos tiene dos listones negros, que parecen pintados al carbón entre dos listas blancas.

Usa gorra bicolor, amarilla y negra, con borde negro.

Allá lejos hay una fuente, donde antes yo me bañaba.

Un día pusieron en ella pececitos de colores. Los pececitos desaparecían sin que nadie se explicara la causa. Se supuso hasta que algún guardián o algún paseante los robara.

Por fin, se descubrió que los benteveos eran los aficionados a la pesca.

Detrás de aquel tronco

seco, vivía, como tú habrás visto, una familia de ratoncitos silvestres.

Cuando dejaron de salir de noche y sólo se atrevían a dejar la cueva durante el día, todos desaparecieron de manera misteriosa. Pero yo, que andaba siempre por estos sitios, puedo decirte lo que les sucedió.

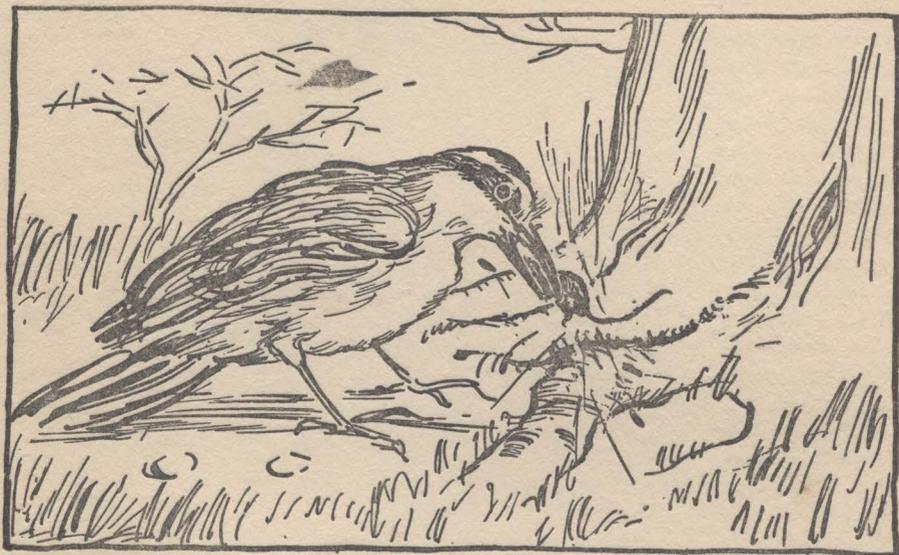
Una mañana se le ocurre a uno de los chiquitos treparse por el tronco en momentos que andaba cerca un benteveo... Sin darle tiempo a moverse, le aprieta la cabeza con el pico ganchudo y vuela hasta aquel otro árbol. Allí lo golpea contra la corteza hasta dejarlo blandito...



... gracias a esta doble apariencia es confundido a cada momento con pájaros de buenas costumbres.

¡y se lo traga de un bocado! En seguida vuela, y se posa en el tronco seco. Pocos minutos después, sale el padre en busca del chiquitín... ¡y corre el mismo destino!... Era más grande y más duro; pero la puñalada en la nuca lo mató lo mismo. Lo tuvo apretado con el pico mucho tiempo. De rato en rato, lo golpeaba contra un árbol con fuerza extraordinaria, cargando en el golpe todo el peso del cuerpo, como las lavanderas con la ropa jabonada. Hacía un ruido seco... ¡Chas! Se daba vuelta para el otro lado, y... ¡chas! ¡Te aseguro que no quedó hueso sano! Cuando el ratón estuvo convertido en puré, ¡al buche!

Al notarse en la casa la falta del padre y del hijo, cundió la alarma y comenzaron la madre y los otros ratoncitos a buscarlos.



*De rato en rato, lo golpeaba contra un árbol con fuerza extraordinaria...*

Quizás pensaron que habrían descubierto algo muy rico. Lo cierto es que uno a uno fueron saliendo de la casa, y uno a uno fueron pasando al buche del terrible benteveo.

En cuanto a los demás pájaros, ya te imaginarás la situación. Para estos gargantúas no hay hogar respetable, ni respeto a la familia, ni consideraciones que valgan. Pocos, entre los pájaros pequeños, se atreven a hacerles frente. Nido que descubren, nido en peligro. Devoran a los pequeñuelos sin apiadarse y sin conmovirse ante la angustia de los

padres... Hay que fabricar el nido donde no lo descubran. Si ellos lo ven, no queda más remedio que abandonarlo a su gula o defenderlo heroicamente. Nosotros, los gorriones, les imponemos respeto. ¿Sabes por qué? ¡Porque somos muy unidos!

Cuando alguno de esos malvados merodea por nuestros nidos, formamos un ejército y lo atacamos con ímpetu por todos lados, resueltos a vencer o a morir. Un gorrion no puede nada: cien, doscientos gorriones enfurecidos representan una fuerza que nadie es capaz de resistir.

Todo lo que se diga de los benteveos es poco. No se oye más que protestas contra ellos.

Viboritas, mariposas, gusanos, langostas, cascarudos: cuanto pueden tragar, tragan. Basta que les pase por el gaznate para que lo deseen.

Todo lo que vive en el agua, todo lo que vuela, todo lo que anda por el suelo, les conviene y les gusta.

A todas horas y en todas partes, andan ellos. Dondequiera que un pájaro se detiene para comer, se presenta un benteveo y grita:

—¡Bien te veo!

El otro piensa:

—¡Y qué hay con eso?...

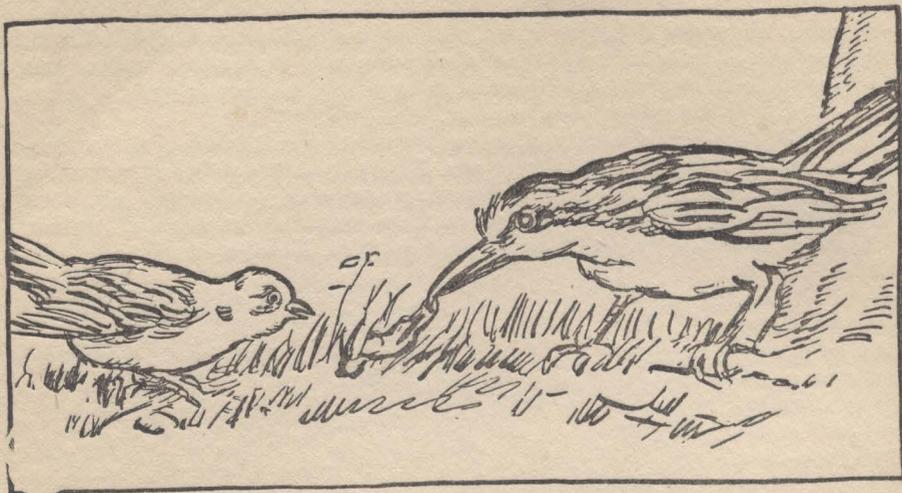
El gargantúa repite, aproximándose:

—¡Bien te veo!

—Ya lo sé —dice el otro asustado.— ¡No tengo tanto derecho como tú a comer!



*Un gorrion no puede nada: cien, doscientos gorriones enfurecidos representan una fuerza que nadie es capaz de resistir.*



—¡A ver! ¿Qué es?... — se apodera del alimento.

Pero el benteveo ya está a su lado y diciendo:

—¡A ver! ¿Qué es?... — se apodera del alimento.

—¡Qué hermoso sería el mundo sin benteveos!— exclamó el pobre gorrión mientras se alejaba en busca de semillitas.



## El sapo huevero

**S**OLO una vez más vi al infeliz gorrión del ala rota. Mi matita de pasto estaba llena de riquísimas semillas. Se acercó, y mientras comía algunas, me dijo:

—¿No pasó hoy por aquí el sapo huevero?

—¿El sapo huevero?... Pasan sapos y ranas; pero no sé a cuál te refieres.

—Es un sapo grandote que vive en un agujero cerca del lago... Junta huevos de mariposa, de caracol y de hormiga, y sale a venderlos.

Los huevos de mariposa son muy bonitos, de variadas formas y de diferentes gustos. Los de caracol y de hormiga son todos blancos. Los de hormiga no me gustan: tienen un sabor muy fuerte. Los de caracol dicen que son excelentes como remedio y me aseguran que los vende muy baratos, porque se encuentran con facilidad al pie de los árboles, entre la hojarasca... Yo deseo comprarle una docena.

El sapo los lleva en una canastita colgada al hombro y pasa gritando:

—¡Hueeevos freeescoos!... ¡Hueeevos freeescoos!...

—Es raro—le observé—que yo no lo haya visto, pues te prevengo que poseo cuatro ojos y que no hago otra cosa



El sapo los lleva en una canastita colgada al hombro y pasa gritando...

que mirar y oír... ¿Y cómo consigue el sapo los huevos de mariposa?

—Unas veces los encuentra en los troncos de los árboles; otras veces, escarbando un poquito en la tierra... Las mariposas ponen en un sitio adecuado para que cuando los huevecitos se conviertan en larvas encuentren el alimento necesario.

—¿Y cómo consigue los huevos de las hormigas?

—Eso ya es más difícil, y por lo mismo, cuestan un ojo de la cara. El sapo no se va a meter en un hormiguero... Ante todo, porque tendría que pasarse un siglo escarbando, y después, porque las hormigas lo enloquecerían con sus picaduras... Pero él sabe su oficio y se arregla para obtenerlos. Todo es cuestión de habilidad y de paciencia...

El sapo hue-



*...aguarda la oportunidad de que algún hormiguero cambie de nido.*

vero aguarda la oportunidad de que algún hormiguero cambie de nido.

—¿Y por qué cambian de nido los hormigueros?

—Sólo por motivos muy graves. Generalmente la causa es una excavación demasiado profunda o el exceso de humedad. También se deciden a mudarse ante la persistencia de un olor desagradable. Hay olores que las enloquecen y las enferman, como por ejemplo, la creolina.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se lo he oído a un jardinero.

—Bien. Se muda un hormiguero, por ejemplo. ¿Y qué hace el sapo?

—Cuando las hormigas han elegido y preparado el nuevo nido, comienza la mudanza.

El sapo aguarda muy quietito en el camino.

Pasan las hormigas cargadas. Todas llevan algo. Unas, las provisiones; otras, los huevitos; otras, las larvas.

Es admirable ver con qué delicadeza conducen las larvitas blancas en las antenas.

Es maravilloso el orden, la prolijidad y la rapidez con que realizan la tarea, siempre de noche, por supuesto.

—¿Y por qué de noche siempre?

—Por los peligros que significa una mudanza de tal naturaleza a la luz del día... El sapo, como te digo, aguarda muy quietito junto al camino.

Las hormigas pasan en fila interminable... En cuanto pasa una con un huevito, se lo quita y lo pone en la canasta...

—¿Y cómo sabes todo eso si ocurre, según dices, de noche, y tú de noche duermes?...

—Oye, Botón Tolón — me contestó malhumorado. — “¡Menos pregunta Dios y perdona!”... Lo que te digo de los huevitos y de las hormigas es la pura verdad... En cuanto al sapo huevero, francamente, yo no lo he visto nunca...; pero como tú te hallas por lo común desocupado y, según dices, tienes cuatro ojos, si te fijas bien, lo verás



*Pasan las hormigas cargadas. Todas llevan algo.*



*Y dicho esto, se fué el gorrión arrastrando el ala rota.*

huevos de caracol... que necesito como remedio para curarme mi ala.  
Y dicho esto, se fué el gorrión arrastrando el ala rota.



No vi más al gorrión; pero si ustedes lo encuentran, procuren aliviarlo en su desgracia. No le vendría mal algún puñadito de alpiste, por ejemplo. Pero mucho me temo que haya tenido un fin trágico por la imposibilidad de volar en presencia de alguno de sus numerosos enemigos.

En cuanto al sapo huevero, debe de andar, como siempre, por el bosque; aunque el gorrión no lo vió ni yo tampoco...



por aquí el día menos pensado; y como dices que tienes cuatro oídos, te será sumamente fácil oírle gritar:

—;Hueeevos  
freeescoos!...  
¡Hueeevos  
freeescoos!...

Yo te lo cuento todo, para que me hagas el favor de comprarme una docena de

## Mi encuentro con Cholito

FIGURENSE que estaba yo lo más tranquilo, pensando si pasaría el sapo huevero, cuando oigo decir:

—¡Mamita!... ¡Encontré un botón!

Y de inmediato siento que una mano pequeña me levanta del suelo.

Pero la señora que acompañaba al niño que me recogiera exclamó:

—¡Déjalo!... ¿Para qué quieres eso?

Parece increíble que toda una señora, lo más bien vestida, me ofendiera así por puro gusto y sin conocerme siquiera.

Cholito — tal era el nombre de mi protector — no quiso abandonarme.

Comprendí que estaba muy contento del hallazgo; pero mucho más contento estaba yo.

La vida del campo no es para todos.

Los gauchos, como los gorriones, se encuentran muy a gusto en esa soledad. Un botón como yo extraña las comodidades que nos brinda la vida ciudadana.

Ya adivinarán ustedes mi emoción y mi júbilo, al verme libre de la quietud y la monotonía a que me condenaban las costumbres campesinas.



—¡Mamita!... ¡Encontré un botón!

Es muy cierto que no me faltaba el aire puro, ni la tranquilidad, ni el canto de los pájaros, ni la fresca sombra de la matita de pasto para dormir la siesta, ni algunos buenos amigos que de vez en cuando vieran a entretenerme con su charla. Pero también es verdad que no trabajaba en absoluto en nada y que la pereza — madre de todos los vicios — iba poco a poco convirtiéndome en un botón despreciable.

La tierra me iba tapando los ojos, me iba envolviendo poco a poco, y acabaría por tragarme.

Al cabo de algún tiempo, nadie distinguiría a Botón Tolón, enterrado

por su holgazanería, convertido, quizás, en un terroncito de tierra insignificante.

En un instante cambiábase mi destino.

Para ello bastó que me viese un niño bueno y comprendiera mi desgracia.

Cholito me apretó tiernamente con su mano tibia y blanda como un edredón y cuando me hubo quitado el



*... y cuando me hubo quitado el espantoso frío del abandono, me instaló en su bolsillo.*

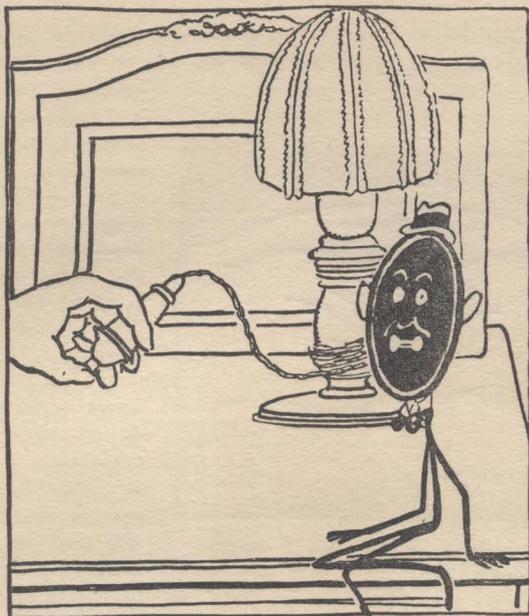
espantoso frío del abandono, me instaló en su bolsillo. Era ya de noche cuando me sacó y me puso sobre su mesa de luz.

¡Qué diferencia entre aquel dormitorio confortable, con silla, alfombra y cama, y el del bosque de Palermo!

¡Allí no había benteveos que pudieran tragarme, ni gente desconsiderada, capaz de encajarlo a uno en la tierra como en una sepultura!

¡Allí hasta daría gusto caerse para saltar lo mismo que una pelota sobre la mullida alfombra!

BOTÓN TOLÓN



*Bastaba que a Cholito se le ocurriera, para que la noche se volviese día, y todo se iluminara...*

Allí, en fin, no había noche, ni terrores nocturnos, capaces de enfermar del corazón al más valiente. Bastaba que a Cholito se le ocurriera, para que la noche se volviese día, y todo se iluminara como cuando está el sol en lo más alto del cielo.

Cholito, como decía, me colocó en la mesita, se quitó la ropa, metióse en la cama y ¡púmbate!, mandó que viniera la noche y quedó todo más negro que las uñas de Pedrín.

Entonces yo me sentí tan emocionado y tan agradecido, que cuatro lágrimas, como puntitas de aguja, aparecieron en mis cuatro ojos, y dije:

—¡Gracias, Cholito!...  
¡Hasta mañana!

Cholito, al oirme, mandó que fuese de día otra vez, y volvió a alumbrar el sol.

Se sentó en la cama, me tocó con un dedo, me miró con sorpresa y me preguntó si sabía hablar.

Entonces yo le dije que sí y le conté toda mi historia.

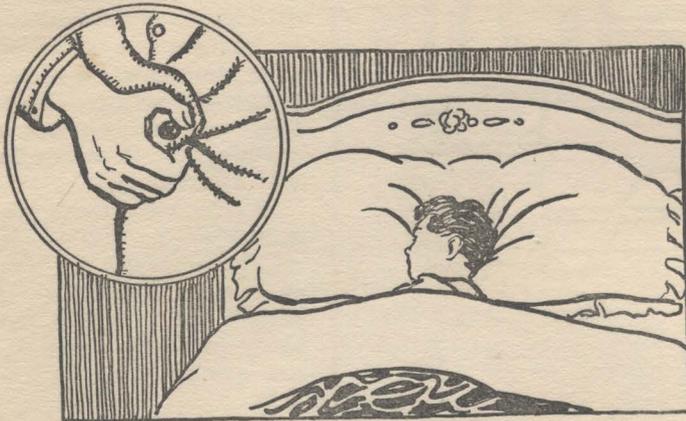
Cholito me comprendía.

Era verdad lo que decía la matita de pasto: Hablar es fácil; lo difícil es ser comprendido.



*Se sentó en la cama, me tocó con un dedo...*

Todo habla, todo nos pide algo, aunque más no sea respeto, consideración o simpatía. Todo habla, aun lo que no tiene voz. Pero



*...seguro, que él soñó lo mismo, y que me prendía y me desprendía...*

afecto y de estimación, y mandó que se hiciera la noche.

Un segundo después, dormíamos tan contentos el uno del otro que yo soñé que mi protector me había hecho coser en el primer sitio de su saco, y estoy seguro, seguro, que él soñó lo mismo, y que me prendía y me desprendía a cada momento.



no todos oyen, porque hay cosas que se oyen con los oídos, y hay cosas que se escuchan nada más que con el corazón o con la inteligencia.

Cuando terminé mi relato, Cholito me introdujo en el cajón de la mesita, dándome una gran prueba de

## Proyectos para el futuro

HAN transcurrido días o semanas desde que mi buena suerte me juntó con Cholito.

Si bien todavía no he conseguido empleo, tengo la seguridad de que en el primer traje que le hagan a mi noble protector voy de primer botón, con un ojal bien grande.

Esto sería mi felicidad perpetua.

Pero hay otras novedades importantes.

Anoche oí una conversación entre Cholito y un amigo suyo y me enteré de una sensacional noticia que me tuvo desvelado y sin pegar los ojos hasta que fué de día.

Figúrense que Cholito le contó al amigo que se va a Europa el mes que viene con toda la familia y que ya estaban haciendo los preparativos.

Para decir la verdad, yo no lo había notado, pero este viaje me colma de alegría.

¡Regresar a mi país natal, ver de nuevo a mis padres, contemplar aquel inmenso mundo de botones de todos los tamaños y de todos los co-



...una conversación entre Cholito y un amigo..

lores! ¡Poder contar lo que es la Argentina, mis alegrías, mis trabajos, mis desventuras y relatar lo que es aquí la vida del campo!

En medio de todo, una pena me entristece. Es que me acuerdo de mis once hermanitos.

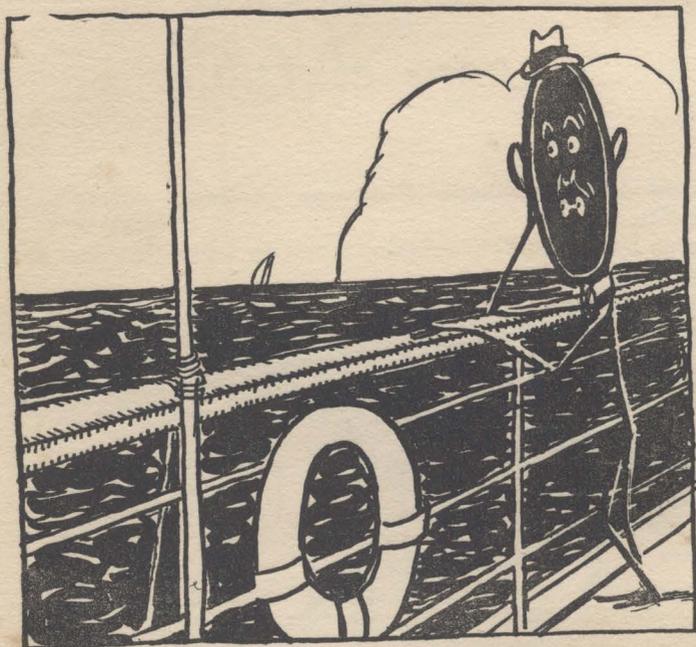
Desde que nos separamos no los he visto más, ni he tenido de ellos ninguna noticia.

La vida con sus mudanzas suele así separarnos de los seres queridos, sin que, acaso, ya nunca más volvamos a encontrarnos. Esta es una de las desgracias que con frecuencia nos suceden a los botones. No pierdo,

a pesar de todo, la esperanza de encontrarlos.

Sería muy lindo, por cierto, reunirnos otra vez los doce hermanos para atravesar el mar.

¿Dónde estarán ellos ahora? ¿Qué empleos habrán conseguido?... Si tuvieron tantos cambios y andanzas como yo, la historia de todos juntos sería tan larga que nadie querría escribirla.



*...espero contemplar el océano, pasear por la cubierta...*

Esta vez, confío en no ir encerrado en el vapor como un preso. Cholito se encargará, seguramente, de que yo realice el viaje en las mejores condiciones que sea posible. Si así lo hace, espero contemplar el océano, pasear por la cubierta, ver a los marineros y quizá tenga la suerte de saludar al capitán. Si la vida de a bordo me gusta mucho, soy capaz de pedirle a Cholito que me deje en el vapor.

Si lo consigo, deberé comenzar mi nueva vida por los trabajos más fáciles y que reclaman menos aprendizaje. Quizás me quieran colocar de fogonero. Mal negocio. El polvo del carbón me taparía los ojos. Si me dejaran elegir, me decidiría por viajar al lado del piloto, así podría mirar siempre el mar y ver a los otros vapores.

En unos cuantos viajes me convertiría en un buen marino, y después, poco a poco, podría ir adelantando en esta nueva carrera.

¿Qué dirían ustedes si el día menos pensado llegara un buque al puerto de Buenos Aires y cuando preguntasen quién es el capitán les contestaran:

—¡Botón Tolón!?

También me gustaría ser chofer en Europa, ya que fracasó la cosa con el inventor Hollín.

Tengo que pensarlo.

Cuando lo haya pensado bien, hablaré con Cholito. Pero lo indiscutible es que regreso a Europa, después de conocer a la Argentina y de pasar en ella buenos y malos ratos.

Puedo decir que he viajado y que conozco el mundo. Yo creo que lo aprendido me será de utilidad en lo porvenir.

Si ven ustedes a Pedrín, díganle, de mi parte, que conservo de él gratos recuerdos, que no olvidaré nunca la mala acción del ayudante ni tampoco sus múltiples habilidades.

Díganle, además, que me gustaría que se conocieran con Cholito. Este es, también, honrado, bondadoso y activo como él. Pedrín podría enseñarle cualquier oficio, el que Cholito quisiera, ya que los sabe todos.



—¡Botón Tolón!







INDICE

	<u>Pág.</u>
BOTÓN TOLÓN LLEGA A BUENOS AIRES .....	7
UNA CURIOSA AVENTURA DEL SEÑOR FIRULETE.....	11
BOTÓN TOLÓN EN LA CALLE .....	19
VIDA Y OBRAS DE PEDRÍN .....	23
EL MATRIMONIO MOSTÉN .....	29
BOTÓN TOLÓN EN LA CONFITERÍA .....	37
EL INVENTOR HOLLÍN .....	45
MOMENTOS ANGUSTIOSOS .....	53
PERICO EL PESCADOR .....	57
LA SEÑORA CARITATIVA .....	61
A UN PASO DE SER CARRERO .....	67
LA VIDA EN EL PARQUE .....	69
LOS BANDIDOS NOCTURNOS .....	76

	<u>Pág.</u>
EL ARBOL QUE HABLA .....	79
LOS GARGANTÚAS DEL BOSQUE .....	87
EL SAPO HUEVERO .....	95
MI ENCUENTRO CON CHOLITO .....	99
PROYECTOS PARA EL FUTURO .....	103



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

